

San José, Costa Rica 1926 Sábado 20 de Noviembre

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *El sinfonismo verbal de Berta Singerman*, por Rafael Cardona.—*Programa.*—¿*Cuáles son los veinticinco libros cuya lectura usted recomendaría en primer lugar a la juventud cubana?*, por Enrique José Varona.—*El máximo asunto del imperialismo yanqui sobre Hispano-América*, por Carlos Wyld Ospina.—*Habla un compatriota.*—*Página lírica* de Eduardo Uribe.—*Día de Silencio*, por Alberto Masferrer.—*La enseñanza del idioma*, por B. Sanín Cano.—*El probable Arbitro*, por Rafael Cardona.—*La nostalgia del filósofo Enrique José Varona*, por F. Laguado Jayme.—*La lámpara fiel y Un amigo: el Dr. Bonilla*, por Rafael Heliodoro Valle.—*El genio de Edgar Allan Poe*, por Mario Santa Cruz.—*En elogio de la vanidad y del orgullo*, por Guillermo Jiménez.—*El familiar*, por Max Jiménez.—*Javier de Viana. Su fallecimiento.*—*Letras clásicas.*—*La lluvia*, por Luis L. Franco.—*Bibliografía titular.*—LA EDAD DE ORO: Páginas de Azorín.

El sinfonismo verbal de Berta Singerman

Por RAFAEL CARDONA

Si alguna filiación espiritual puede indicarse al arte de Berta Singerman hay que remontarse hasta el sinfonismo místico de Wagner, y aun con las excepciones a que obliga su genio creador, sin nexo histórico alguno ni parecido fundamental con el arte de la declamación. Wagner soñó la unidad del color, de la música y de la palabra; la emoción era para él un complejo vastísimo y trascendental, capaz de producir la intuición de una forma suprema, henchida de todos los elementos sensuales y realizada en «cosa divina» por la aspiración mística. Los críticos de su tiempo, esclavizados al texto clásico, a la teoría puramente intelectual del arte, condenaban el intento wagneriano, por considerar que cada aspecto de él se basta a sí mismo. La música, como la palabra y el color, permanecían irreconciliables entre sí, sin posibilidad alguna de llegar un día a auxiliar, confundándose, una expresión sintética superior.

Esto lo realizó Wagner con un sentido del arte que trasciende toda ponderación. No ha faltado quien diga, como Eduardo Schuré, que Wagner era un *iniciado*, un ocultista que introducía en el drama musical la esencia sagrada del misticismo del medioevo, tal vez en razón de los temas que escogió con ojo ciclópeo y mano de titán. Sea como sea, Wagner rompió la adusta separación intelectual del arte y pudo fundir en sus trilogías la tragedias del verbo con la tragedia del color y del sonido. La imagen, desde entonces, es música, color y palabra en conjunto, sin que basten a convertir esta realidad las ásperas críticas de los Nordau y los Seillières, para quienes el autor del *Anillo del Nibelungo* y *Parsifal* es un degenerado superior...



Berta Singerman ha llevado su primitiva declamación a este sinfonismo maravilloso, en cuyas alturas la voz humana y el gesto cobran la transparencia diáfana del canto orquestal. Puede ser que su evolución individual, admirablemente depurada por una meditación constante de los recursos estéticos, la haya conducido al mismo punto de fusión que Wagner realizó en la música; y este sería un mérito más que suficiente para elevarla al papel de creadora más que de intérprete. El poema escrito es para ella, según confesión propia, el motivo, nada más que el motivo; las tonalidades, el gesto, la manera ardiente y honda, todo lo que en verdad constituye la poesía, es personal. El poeta le ofrece un miraje, una

oportunidad, una sugerencia; pero el movimiento, la emoción lúcida y el encanto abscondito surgen de su voz, una voz de sirena, que pasa desde la gravedad meliflua de los tubos del órgano hasta el rumor oceánico de la naturaleza. Esta voz podría atravesando los límites en que se contiene por respeto a los públicos, llenar una tragedia completa, un drama musical en que los coros místicos sirviesen de fondo a sus fibras desgarradoras. Porque Berta Singerman no habla, canta: es una cantante del verso que suelda admirablemente los sexos en un tono de contralto sumamente flexible y armonioso.

Los ritmos verbológicos, sometidos a cesuras regulares no pueden dejarle esa libertad del pájaro en pleno vuelo; de ahí que Berta Singerman sueña con una poesía que se preste a las infinitas modulaciones de su voz, sin pretender otra cosa que el colorido y el canto; de más está decir que casi no hay poeta suficientemente disciplinado para prescindir del todo de su especial manera de sentir los ritmos.

Está por escribirse una poesía para Berta Singerman, hecha toda de arranque generoso, de colorido relampagueante y de musicalidad variable; pero la propia señora Singerman es ya una exigencia de ese nuevo arte, y bien harían los maestros del verso moderno en procurar ese par de alas al genio de esta mujer única.

En busca de la libertad hacia la música pura, Berta Singerman halla en determinadas prosas una oportunidad de realizar su ideal expresivo: porque el sentido musical no se desprende, como lo han creído muchos críticos, de las contenciones del metro, sino de la emoción misma, tamizada

por la palabra y sugerida por el gesto, y sobre todo, por la voz.

De esta suerte, Berta Singerman hace pensar en las sacerdotisas de un culto perdido, que pide en el mundo moderno la restauración del arte sacerdotal, ungido por la visión de las cosas ultraterrenas. El verso primitivo, el candor matinal de la palabra que llena los primeros cantos errantes, unía en su desnuda sencillez el color, la palabra y la música; hasta que la filosofía retórica no llenó de conceptos y vanos academismos el vaso puro de la emoción musical, los poetas tenían ese carácter dyonisiaco que busca la unidad en todos los elementos naturales y espirituales.

Por eso creo que esta notable y bella mujer es una promesa para el arte del porvenir, y que ella sola bastaría, sin oposiciones sistemáticas, a limpiar de escorias el templo del verso, hoy decaído y obtuso por las intromisiones de la razón y del intelectualismo.

Programa

de una de las audiciones poéticas de Berta Singerman

I

La rosa niña.—Rubén Darío.

Mañanas de la Cruz.—Juan Ramón Jiménez.

De las propiedades que las dueñas chicas han.—Arcipreste de Hita.

Nunca tuvo novio.—E. Méndez Calzada.

Las campanas.—Edgar A. Poe. Trad. Torres.

I.—Las campanas de plata.

II.—Las campanas de oro.

III.—Las campanas de bronce.

IV.—Las campanas de hierro.

II

Dime la copla Jimena.—Enrique de Mesa.

Capricho.—Alfonsina Storni.

El canto de la angustia.—Leopoldo Lugones.

Granizo. (De «Hermana Agua»).—Amado Nervo.

Alabado.—J. de J. Núñez y Domínguez. (Poema inspirado en la canción que enseñaba a los indígenas el fraile Margil de Jesús).

III

Mariposas.—M. Gutiérrez Nájera.

Canción antigua.—Anónimo. Trad. Díez Canejo.

Nocturno.—Manuel Acuña.

Quien supiera escribir.—Ramón de Campoamor.

Bestia de oro.—Rafael López.

(En México, D. F. Jueves 7 de Octubre de 1926).

EL ESTUDIO

Revista mensual. Órgano de la Sociedad de Estudios de Psicología Experimental.

San José de Costa Rica

Apartado 544

Director: Francisco Roldán Hidalgo.

Precio de suscripción: ₡ 0.25 el número

¿Cuáles son los veinticinco libros cuya lectura usted recomendaría en primer lugar a la juventud cubana?

=De Social, Habana=

UN distinguido escritor chileno, que reside hoy entre nosotros, se sirvió hacerme la siguiente pregunta: «¿Cuáles son los veinticinco libros cuya lectura usted recomendaría en primer lugar a la juventud cubana?» Y añadía el ruego de que expresara en dos o tres líneas el motivo de mi elección.

En seguida le contesté con la siguiente lista:

Libros que recomiendo al joven cubano

1.º—*Geografía de la Isla de Cuba*, de Aguayo y La Torre. Para que tenga idea de su país por fuera.

2.º—*De la Colonia a la República*, de Varona. Para que tenga idea de su país por dentro.

3.º—*José de la Luz y Caballero*, de Sanguily. Para que penetre en el corazón de Cuba en un período crítico de su vida.

4.º—Las cartas de *El Lugareño* publicadas en la *Revista de Cuba* y en la *Revista Cubana*. Para que conozca un hombre tipo, al despertar la conciencia de nuestro pueblo.

5.º—*Los Papeles*, de Saco. Para que llegue a lo más hondo de la vida colonial de su patria.

6.º—*Las Poesías*, de Heredia. Por el mérito de las obras y por la grandeza de alma del autor.

7.º—*Cecilia Valdés*, de Villaverde. Porque abre con un libro magistral el brillante capítulo de la novela en Cuba.

8.º—*Los discursos de Montoro*. Para que vea a la elocuencia dueña de sí misma, estrellándose contra el muro de hierro de una situación política.

9.º—*Los discursos de Sanguily*. Para que admire un águila, cerniéndose sobre los pantanos de la realidad.

10.º—*Cuba y sus Jueces*, de Cabrera. Para que aprenda cómo los cubanos de pundonor se volvían contra los gratuitos difamadores de la patria.

11.º—*Los negros brujos*, de Fernando Ortiz. Para que estudie uno de los aspectos más sombríos de nuestra existencia colectiva.

12.º—*Morales Lemus y la revolución de Cuba*, de Piñeyro. Porque es insigne ejemplo de cómo un contemporáneo debe escribir sobre los sucesos importantes de que es espectador.

13.º—*Cuba Contemporánea*, de Velasco y Guiral Moreno. Para que advierta cómo se ha manifestado el espíritu cubano después de la independencia.

14.º—*Un cuarto de siglo de evolución cubana*, de Ramiro Guerra. Para que tenga un cuadro de la situación actual de Cuba, estudiada por un espíritu sereno.

15.º—*El feminismo contemporáneo*, de Mon-

tori. Para que advierta cómo un hombre de gran lucidez mental y recto corazón juzga el problema social más importante de nuestro tiempo.

16.º—*Las Honradas*, de Carrión. Para que vea cómo una mano viril arranca los velos que encubren nuestras lacras sociales.

17.º—*The Federalist*, de Hamilton, Jay y Madison. Porque presenta a la más viva luz el pensamiento de los padres de la Constitución de los Estados Unidos.

18.º—*The American Commonwealth*, de Bryce. Porque es un cuadro completo de la federación norteamericana al llegar a su apogeo.

19.º—*Nuestra América*, de Bunge. Porque el autor es veraz, sin pasión, y sabe doctrinar sin acritud.

20.º—*La América Literaria*, de Lagomaggiore. Porque presenta el cuadro completo de las letras hispanoamericanas hasta fines del siglo pasado, y un estudio de cada región, hecho por un especialista nativo.

21.º—*Historia da civilisação ibérica*, de Oliveira Martins. Porque es obra de un espíritu dominante, propio para las grandes síntesis.

22.º—*La sensibilidad en la poesía castellana*, de Nicolás Heredia. Porque es un estudio que sigue por completo las nuevas orientaciones de la crítica.

23.º—*El romanticismo en España*, de Piñeyro. Porque poseído por completo del asunto, el autor sabe colocarse por encima de él.

24.º—*History of Civilisation in England*, de Buckle. Aunque incompleta, agota, dentro de los conocimientos de su época, los distintos aspectos del asunto que considera. El capítulo que dedica a España ha sido vertido al castellano.

25.º—*Granos de oro*, de Martí. Porque son chispas de un alma excelsa, que dejan estela de luz perdurable en el lector.

Habana, 5 de agosto, 1926.

ENRIQUE JOSE VARONA

LA COLOMBIANA

SASTRERIA

Francisco A. Gómez Z.

TELÉFONO 1283

Frente al Jiménez, Pasaje Al lado de la Botica Oriental Ofrece a sus clientes y al público en general un surtido de casimires en gabardinas.

Club en series a ₡ 3.50 semanales. Haga una visita y se le darán detalles.

Cuenta con buenos operarios para la confección de sus trajes.

PRECIOS SIN COMPETENCIA

El máximo asunto del imperialismo yanqui sobre Hispano-América

Cobán, A. V., Guatemala.
8 de septiembre de 1926.

Sr. don

Joaquín García Monge

San José de Costa Rica.

Mi estimado señor García Monge:

Usted ha escrito, a propósito de una carta del señor Arturo Torres Rioseco en que se denuncia la conducta miserable de los gobiernos peruano y chileno en la cuestión de Tacna-Arica: «que el noble y hondo grito de Torres Rioseco repercute en las conciencias honradas y clarividentes de las cuatro Españas. A vigilar, a trabajar, amigos.»

Para tener una conciencia honrada, y aun clarividente, no se necesita ser un escritor glorioso o glorificado: a cualquier desconocido periodista de Centro América, como yo, puede sobrarle la honradez de juicio que le falta a tanto personaje de la política y las letras para juzgar este máximo asunto del imperialismo yanqui sobre Hispano-América.

En trances de vida o muerte para la nacionalidad, lo que importa es unificar el pensamiento de los pueblos, excitar su instinto de conservación y despertar su voluntad defensiva: para ello también servimos los oscuros milites de la literatura.

En la historia de nuestra América ningún hecho ha tenido jamás, ni tiene ahora, una importancia comparable con la del dominio yanqui sobre las repúblicas indo-españolas. Ningún hecho, sin embargo, más despreciado por nosotros. La lesión mortal de nuestra independencia esta ahí; pero nosotros, como si la creyésemos incurable, tomamos el partido de no pensar en ella, dejando al tiempo lo que el tiempo no puede sino agravar.

Mientras se predica fraternidad intercontinental en nombre de una pretendida doctrina política, que en boca de sus panegiristas raya en lo sublime, y funcionan en Washington oficinas orgánicas de aquella doctrina, y algunos escritores nos dan la serenata de las idealidades y optimismos panamericanistas—que en realidad viene a resultar una serenata triste—avanza a ojos vistas el monstruoso proceso del sojuzgamiento económico-político de veintitantas naciones indo-españolas y la consiguiente anulación de su autonomía: todo ello a pesar de la pujanza de nuestra raza, de nuestros orgullos mulatos—que dijo el argentino Sux—y del «brillante porvenir a que estamos llamados».

Recién, algunos escritores han lanzado gritos de protesta inoída por actos del servilismo asiático de nuestros gobiernos hacia los Estados Unidos, o de éstos contra la soberanía de los países hispanoamericanos. En esos escritores se habla solamente de incidentes aislados, con carácter actual, como el conflicto de Tacna-Arica y la vergonzante pantomima del congreso de Panamá, en donde se deshonró a Bolívar y se hizo

escarnio de nuestro más alto ideal político ante los ojos irónicos del anglosajón.

Nadie ignora, sin embargo, que la enfermedad es secular. Nacimos a la vida *independiente* ya con la argolla de Nabucodonosor al tobillo. Lo que el yanqui hace ahora es remacharla.

Los genios de la Independencia lo habían previsto, con Bolívar a la cabeza. Presintieron ellos que si los yanquis no fueren aptos para adueñarse de la economía del continente, nosotros sí seríamos capaces de entregarles voluntariamente no sólo las finanzas públicas sino el derecho de gobernarlos. Bolívar vivió en la esperanza del porvenir de su América; pero murió con la visión profética del fracaso. Demasiado había comprobado en su persona lo que puede esperarse de nuestras concupiscentes democracias.

La absorción yanqui puede considerarse como un absceso de origen interno: los Estados Unidos aplican el dedo para que salte el pus. Se trata de una veintena de países *entregados poco a poco, casi a título gratuito*, por los caciques locales al barrio feñico de Nueva York. En esto se parecen nuestros dirigentes a los reyezuelos africanos que ceden sus territorios al cauchero blanco para subsistir ellos en medio de sus cortes emplumadas, y se diferencian de los filibusteros y corsarios que, si venden la presa, es a buen precio y al mejor postor.

Toda la política internacional de nuestros gobiernos, desde la Independencia, ha sido la de una ilimitada condescendencia hacia el yanqui, en cambio del poder local. Pero el estúpido engaño es completo. Como resultado de tal *política*, si tal puede llamarse a este trato de beduinos, se enajena el país y no se conserva el poder. Todos los mandarines tropicales cuentan con Washington para perpetuarse en el solio; pero Washington, que no se cree obligado a nada con sus siervos políticos, toma las prendas de la amistad y abandona a los caciques, seguro de que una revolución los derrumbará al fin, y otros mandatarios darán la oportunidad de cobrar nuevos beneficios. En los últimos tiempos, ya el Departamento de Estado de Washington no necesita insinuar para obtener, como en mejores días: hoy obtiene sin pedir, como en el caso de Nicaragua y este de Tacna-Arica.

Lo horrible de todo esto consiste en que los pueblos son inocentes del crimen, aunque sean los únicos que lo purgan. Su pecado es de omisión. No han podido o no han querido colgar a los traidores. En cambio, una minoría de políticos sí ha podido enajenar un continente sin que corra peligro un pelo de su cabeza. ¿Verdad que es increíble?

Lo que castigan nuestros pueblos, cuando por acaso atrapan a uno de sus presidentes, son los crímenes vulgares del despotismo. Pero los atentados internacionales,

la cesión voluntaria de la autonomía nacional, quedan impunes y hasta se olvidan generosamente. Lo hemos visto con todos los déspotas derribados por las revoluciones. Lo observamos en Guatemala con Estrada Cabrera y sus socios responsables, y lo veremos mañana con Gómez y Leguía. La Patria nunca cobra de estos hombres sus pérdidas irreparables. Sólo la enemistad política se hace pagar sus odios.

¿Cómo es posible que se nos gobierne así? Se trata de un fenómeno sólo explicable por el estado rudimentario de nuestra sociedad. Estos pueblos *nunca se han dado gobiernos propios*. Han sido regidos por la imposición. Los regimenes políticos son adventicios: no arraigan en el suelo que los sustenta. Viven en perpetua oposición con el sentir público—no representado únicamente por las minorías intelectuales o cultas, como se ha dicho, sino también por las clases laborantes que están siempre prontas a declarar, en voz baja y a espaldas de la policía, que el gobierno es un impostor.

La minoría intelectual, a quien el señor Torres Rioseco aconseja la participación en el gobierno, vive desterrada en su propia tierra, esto es, en la condición de los parias. Y lo que en realidad manda y dispone de todo, así de las rentas públicas como del territorio nacional, suele no ser siquiera la medianía individual sino el filibusterismo político, sin ideas, pero con dos pistolas de *cow-boy* en la cintura. La administración no la ejerce una clase social estable y responsable, sino los advenedizos de la charpa, los desvinculados de la propiedad, del trabajo y la producción del país: esos que nada tienen que perder y sí mucho que ganar en los puestos oficiales, desde donde se pueda humillar a los mejores y rellenar la andorga...

Tal caos social—bancarrotas perennes de la civilización—sólo puede originarse en la constitución viciosa de nuestras sociedades—lo repito. Tenemos, como base étnica, una masa de indios y mestizos ineducable, dueña de una ignorancia espantosa. Esta masa racial, minada además por el paludismo, la uncinaria y el alcohol, es el sostén de nuestros cacicazgos. Como en los imperios antiguos, en Hispano-América se ha vivido del trabajo de los esclavos y el Estado prospera merced al vicio y a la miseria del 90, 70 o 60 por ciento de la población.

El resultado histórico no es dudoso. A un pueblo así se le domina con un escuadrón de pretorianos. Todo intento de independencia muere al nacer. La dignidad oficial no se concibe. El desinterés patriótico es imbecilidad. A la opinión consciente se le acalla con un batón de policía. A los escritores se les acorrala, destierra o soborna. Y toda esta opresión se mantiene apoyada en seis o diez mil bayonetas puestas en manos de indios inocentes y embrutecidos, a quienes mandan unos cuantos sujetos dispuestos a todas las violencias.

Yo sé que esta no es la situación actual de algunos países del sud de América. La barbarie cacical está en ellos o muy disimulada o muy evolucionada. En uno o dos

Estados quedó abolida para siempre, al parecer. Pero nadie puede negar que tal ha sido nuestra tradición histórica y que continúa siéndolo en ciertas repúblicas.

* * *

Frente a nuestra desintegración social se levanta un poder homogéneo, consciente, organizado: un país que ya es un imperio cuya prosperidad sobrepasa las predicciones más optimistas. Sus deficiencias podrán ser enormes desde el punto de mira de una civilización arquetípica; pero su derecho a la vida es también enorme. El papel que debe desempeñar en el mundo ya preocupa a la filosofía. Pensadores como Le Bon se pasman ante lo que podrá surgir mañana de este inmenso vivero de energías nuevas—sí, nuevas, a pesar de la infamia de Wall Street y de la brutalidad gringa. Y esto no se discute en términos de poema lírico sino en lenguaje de biólogos.

Sin embargo, se podrá exigir a los yanquis que sujeten su expansión vital a una norma de alta civilización y sobre todo a una visión superior de Justicia, que implica la cooperación libre con los pueblos vecinos de raza indo-española; pero no podrá hacerseles responsables de que al lado de su fuerza vegete nuestro error.

No olvidemos que los defectos que le atribuimos al pueblo nórdico son también nuestros y a veces en forma peor. El yanqui mercantilista paga a los artistas y a los sabios como nadie en el mundo y dota a sus instituciones de cultura con verdaderas fortunas. El indo-español idealista no protege las artes ni las ciencias, elimina de sus presupuestos oficiales los onerosos gastos en universidades y bibliotecas y cifra sus mejores esperanzas en oprimir al pueblo desde el cargo público para sacarle impuestos e imponerle exacciones...

Lo único incontaminado que poseemos es el pensamiento de nuestros grandes hombres, nuestro genio inquieto y singular. El mundo es lo único que respeta en nosotros. La cultura humana es lo único que ha recibido de nosotros. A Israel le salvó el pensamiento de sus profetas. ¿Podremos esperar algo decisivo de nuestros pensadores?

Si el milagro no viene desde el alto plano intelectual, no sé de dónde sacaremos fuerzas que oponer a la poderosa organización anglosajona.

Felicitándole por la actitud de su REPERTORIO ante el gran problema, soy su affo. admirador,

CARLOS WYLD OSPINA

Dr. CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta.

Horas de oficina:

10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.

Contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Habla un compatriota que reside en Nueva York y dice cuatro cosas bien dichas

(Fragmento de carta)

New York, 18 de Octubre de 1926.

Mi querido don Joaquín:

...Por ahí veo de cuando en cuando declaraciones tuyas que reflejan un cierto desaliento, o más bien desilusión, pues un batallador como Ud. no puede decirse que tenga desaliento. Pero en otras ocasiones veo que se renueva su fe, como en sus recientes gestiones en pro de la Universidad Popular. A mi país le hacen falta muchas cosas, pero entre las que más urgentemente necesita está la de una institución de enseñanza superior. Es lamentabilísima la pobreza de ideas de nuestros hombres y de nuestra juventud, la casi absoluta desorientación que se nota en todos los órdenes, desde el científico, filosófico y literario hasta el político y económico. En este último, que es un pie de que tanto cojeamos, la ausencia de ideas organizadas es pasmosa, y es que el *tico*, aunque individualmente es muy despierto e inteligente, prescinda casi en absoluto de toda tradición ideológica: el pasado en ningún orden nos da luz para resolver los problemas presentes, y el porvenir no parece tomarlo nadie en serio. Con decirle que la teoría filosófica del impuesto y de la distribución se ignora totalmente, y así se alaba con muy buena voluntad a quien se cree poseído de esa misteriosa ciencia de las finanzas, sin que se pueda justificar ni la admiración ni la censura. En lo político, da dolor decirlo, nuestro país es todavía un inverfebrado, y el único consuelo que tenemos es el de nuestra paz a toda prueba. Con qué facilidad lanzamos juicios sin otro respaldo que nuestra misma imaginación! Hace poco, don Emel Jiménez, a quien admiro en muchos aspectos y a quien profeso cariño, se lamentaba de nuestro poco adelanto científico y académico, vistas las cosas desde el punto de vista de la enseñanza, y se refería en cambio a nuestra superabundancia literaria. He aquí una de esas declaraciones típicas que no tienen ningún respaldo. Nuestra producción literaria es ínfima y no guarda relación ni con la riqueza de país—por más que no sea mucha—, ni con nuestro pasado. Con los dedos de muy pocas manos pueden contarse los libros de producción nacional que se publican en diez años. No existe ningún entusiasmo actualmente por la literatura. Se lee poco y se produce menos. La palabrería hueca de uno que otro joven imberbe no se designa con el título de literatura en ningún país. La literatura en otras partes no es la Cenicienta como en nuestro país, ni está desacreditada. Antes por el contrario, no se puede imaginar que nadie se entere de lo que piensa el mundo sin leer la producción de los grandes novelistas o del teatro. Y dejo de lado al propio sus esfuerzos editoriales, porque hablando con toda franqueza, los considero desligados de la vida inte-

lectual del país. Sin pretender echarle flores, no creo que en ninguna parte de la América ni de España se publique una colección mejor hecha de las letras españolas en el aspecto de la revista que las que contiene el REPERTORIO, y sin embargo, veo esa empresa como una manifestación epifita en la vida intelectual del país. Desligados de casi toda manifestación intelectual, nuestros lectores no pueden comprender inteligentemente la mayor parte de los artículos de fondo que se publican. Y mi razón para pensar así, es que siendo tan importantes como son no provocan discusiones ni comentarios en la prensa, a pesar de que muchos de ellos sostienen tesis de palpitante y viviente actualidad sobre problemas filosóficos, estéticos, de crítica. Y aquí abro otro paréntesis para rogarle que me mande el REPERTORIO, que no leo con tanta frecuencia por no recibirlo regularmente. Le acompaño un dólar y luego veré cuánto vale la suscripción. También le daré algunos nombres de probables subscriptores. Problemente exagero al dolerme de la poca influencia de su revista, pero es que veo que la *response* no guarda relación con los esfuerzos. Claro es que siempre tienen que aprovechar, pero lo que me molesta es notar cierto tono de protección que se gastan los lectores y entre ellos especialmente los maestros, cuando de acoger la revista se trata, sin fijarse que ese mismo esfuerzo no se podría conseguir nunca por el mismo dinero en ninguna parte, para hablar como hablan los hombres de negocios yanquis. Siempre andan con el cuento—que me repugna—de hay que ayudar al maestro García, sin fijarse que no se trata de ayudar sino de ayudarse ellos.

UNIVERSITARIO

Organo de la Asociación Intelectual Americana

En el afán de que los escritores de América castellana lleguen a un conocimiento y estima mutuos de todos sus valores intelectuales, *Universitario* ofrece a todo abonado un cuarto de página para anunciar sus obras. *Universitario* aspira a ser la tribuna libre de todos los americanos y ofrece igualmente sus páginas a la colaboración de cuantos se adhieran al movimiento americano (Latino-Ibero-Americano).

UNIVERSITARIO

Revista trimestral. 2 Square Caulaincourt.
París XVIII

Abono: Francia 20 frs. Extranjero 24 frs.

Revista de Oriente

Organo de la Asociación Amigos de Rusia
\$ 0.10 el ejemplar.

Subscripción anual \$ 1.00 oro.
Sarmiento 1266. Buenos Aires

Página lírica

De Eduardo Uribe

=Del tomo *Atisbos*. Buenos Aires, 1926=

De tierra lejana nos llega el nuevo libro del amigo querido y estimado.

¡Atisbos!

¡Qué bien describe el título la actitud de esta alma noble y atormentada por una inquietud que es una bendición y una maldición! Acecha al Dolor para caerle encima con la crueldad de un tigre, y al arrojarse sobre su presa, se vuelve manso y suave como la onda que en la noche se aleja cantando sobre un lecho pedregoso. Atisba la Felicidad, y al mirarla frente a frente y tenderle los brazos, la amargura y el hastío lo dejan sin fuerzas, y cae de rodillas como un niño débil y se oye el golpe seco de la frente al chocar contra el suelo duro.

Me ha conmovido profundamente la poesía titulada Tu error. Este optimismo suyo tan ruskiniano me hace pensar en la estrella lejana que se refleja en el mar salobre.

Una mano que lo ama ha seleccionado para el REPERTORIO esta página lírica sacada del nuevo libro que como un bello canto de amor y de dolor ha llegado a llamar a la puerta de nuestro cariño.

CARMEN LYRA

Noviembre de 1926.

La canción que yo canto

La canción que yo canto y que divulga el viento, esparce por la vida júbilo y sufrimiento...

Ella es culta y salvaje, turbulenta y serena. Como mi vida es ella: no sé si será buena...

Estremecida sufre, lúgubre y desolada, y se retuerce, ardiente, como una llamarada.

Es el hondo deseo, necesidad, urgencia, de aprisionar, fielmente, el matiz, la cadencia

con que se desenvuelve mi emoción interior; es imagen, es música: yo soy sólo el cantor...

A veces lleva un eco de ese ritmo infinito de alegría que el Hombre jamás deja transcrito.

O su dolor es tal—agobio del vivir, tortura de lo ignoto—que mucho hace sufrir...

Los triunfos del amor no exalta mi canción, que al desnudo jamás exhibo el corazón...

(No es amante rendido quien se ocupa en cantar, como cualquier motivo cotidiano y vulgar,

las hermosas conquistas de amor, porque ello fuera a la dicha gozada conceptuarla rastrera...)

La canción que yo canto y es apenas oída, se pierde en los caminos: fútil soplo de vida...

Pasará muchas veces sin que nadie la entienda, y alguno ha de increparla porque quizá le ofenda.

Y me dijo una voz:

Vive provisto siempre de liviano equipaje y el corazón exento de un afecto profundo; que nunca te entristezca la prontitud del viaje, porque quedarte quieras en un punto del Mundo...

Nunca lleves el lastre de un pesado bagaje, ni un amor que al espíritu tornara gemebundo; a nadie en tu camino demandes hospedaje, sé huésped de los vientos, austero vagabundo...

Sin temor, que tu impulso sea brújula cierta, y desdeña el descanso si alguien te hiciera oferta; no interrumpas tu viaje a lo desconocido;

para que tenga, entonces, el Alma la costumbre del vagar infinito, sin fútil pesadumbre, cuando tu cuerpo deje ya por siempre rendido...

Costa Rica.

Anhelo

Quiero ser tan manso como un corderito, pues mi vida hoy día es un huracán... Transformar en salmos mi profano grito y exaltar mi vida en un bello afán.

Irme despojando de preocupaciones, conseguir un día sencillez total... Tanto en mis acciones como en mis canciones desechar la burda intriga banal.

Tener una frase suave y lisonjera para el ser vencido que anhela piedad... Posar en lo humano mirada ligera, que es una manera de hacer caridad...

Y para los hombres, triste muchedumbre, tener siempre prestos mano y corazón; al vivir con ellos, ser como una cumbre que hacia lo perfecto va su elevación...

Inmutablemente para toda ofensa oponer un fino gesto de desdén: ante lo mezquino la mayor defensa es pasar altivo, no inquirir el «Quién»...

Quiero ser distinto de mi actual estado, ser como más dulce... mínimo tal vez... Olvidar mi vida de hombre atormentado siquiera un instante... y morir después...

Viajera alada

Yo sé de las bellas andanzas sin rumbo y de las zozobras de no hallar la ruta; tan desentendido paso por el Mundo que siempre equivoco la senda que busco.

Para mis trayectos no existen fronteras; yo voy muy más lejos que cualquier viandante, pues mi pensamiento es ese romero y mis fantaseos las rutas eternas.

¡Pobres los que sólo con sus plantas viajan! ¡Miseros esclavos del falaz cansancio! ¿A dónde podrían ir sobre la tierra que les deparase belleza absoluta?

—¿Dices que tu vista penetra muy hondo? ¡Oh! Los ojos sólo ven la superficie de las cosas... Nada sabrás, así, nunca del profundo encanto de los panoramas

en los infinitos campos del ensueño...
¿A qué detenerse bobos, extasiados,
a mirar la vaga perspectiva fútil
de un paisaje rústico que dura un instante?

Viajero que ansías emociones nobles,
nunca has de sentir las en la tierra, nunca...
Busca esa impoluta belleza anhelada
en tu propio espíritu mejor que en el Mundo...

Escucha: yo he sido viador turbulento
y por los caminos imprimí mis huellas
a veces con sangre: vagabundo iluso,
en mis aventuras de viajero loco...

También perseguía la Belleza... El Arte
fué siempre el impulso que orientó mi viaje:
en todo buscaba lo puro, lo eterno,
y por los caminos malgasté mi vida...

Y de esas tremendas travesías sólo
me queda hoy en día un vago recuerdo,
y el cansancio grave de tantos caminos
y el fatal hastío de haber conocido

en tan pocos años, tan honda, la Vida...
Ya no hay novedades que arrastrar pudiesen
a mi instinto inquieto en nuevas andanzas:
todo me fastidia... nada me seduce...

Sólo el alma mía no se rinde nunca;
y, viajera alada, ¿qué enigma no ahonda
en sus misteriosos viajes inefables
por las siderales rutas del Ensueño?

Tu error

Una flor es bastante para adornar tu pieza,
te quejas, sin embargo, de tu estricta pobreza!

¡Cuántas noches anhelas una lámpara vana
y una estrella, no obstante, alumbraba tu ventanal!

Así todo en tu vida: desprecias lo que tienes,
tus divinos tesoros, por los precarios bienes.

Te agobia la pobreza y por la luz suspiras
...y la flor menosprecias y la estrella no miras...

A un hombre que se dice dichoso:

Hombre feliz, autómatas con vida,
que luces los carrillos abultados,
los dedos de las manos enjorjados,
abdomen ancho y frente reducida;

en placidez de carne bien nutrida
vive tu cuerpo, sin los angustiados
estrabos de los nervios alocados;
además, la emoción te está prohibida.

Desconoces la dicha que despierta
el ver la rosa en la mañana abierta,
ni sufres con el trino quejumbroso;

y valen más que todas las canciones,
para ti, las tranquilas digestiones.
¡y dices, muy orondo, ser dichoso...!

Ejercicios Espirituales

Día de Silencio

Desde el momento en que se despierte, hasta la hora de acostarse.

- 1.—Aislarse cuanto sea posible.
- 2.—No hablar sino *lo indispensable*, y sin excitación ninguna.
- 3.—Discusiones, con nadie, por nada.
- 4.—Ninguna querrela, ni exterior, ni interior.
- 5.—Vigilar los movimientos, gestos, ademanes, tono de la voz y ritmo de las palabras; de manera que en todo *resalte la calma, la serenidad y el dominio* de sí mismo.
- 6.—Cerrarse *absolutamente* a las influencias exteriores *ocasionales*, ya sean escritas, de palabra o de hechos, y admitir únicamente aquellas que *deliberadamente* busquemos o consintamos.
- 7.—No leer ningún periódico. No escuchar música deprimente o confusa, o que agite el ánimo. No detenernos a contemplar cuadros, ni estatuas, ni dibujos que inspiren esos sentimientos.
- 8.—Si se lee, que sea *un solo libro*, y adecuado para fomentar o mantener la serenidad y el *silencio interior*.
- 9.—No ocuparse *absolutamente* de la vida de los demás; salvo que sea para bien, y que haya *urgencia*.
- 10.—Entrar en *Sí mismo*. Mantenerse en *Sí mismo*. Volver constantemente a *Sí mismo*. Advertir que no se trata de *olvidarse*, sino de *recobrase*, de entrar en posesión de *Sí mismo*.
- 11.—Concentrar el pensamiento sobre un

solo tema: una piedra, una planta, un animal, una persona; la Tierra, el Agua, el Aire, las Nubes, un Volcán, un Astro, una forma de vida cualquiera, meditando sobre *cómo se realiza en ellos* el Silencio, y con qué resultados.

12.—Poner orden en nuestras ideas fundamentales y directrices: ver si son claras, firmes, amplias y bien definidas; ver si están bien enlazadas entre sí, y si no hay en ellas contradicciones o desacuerdos; cerciorarse de si han nacido en nuestra mente por el estudio y la reflexión, o si provienen simplemente de sugestión o de contagio.

13.—Examinar atentamente si nuestros conceptos adversos a ciertas cosas y personas de nuestro ambiente, se han formado en nosotros con arrebatos e injusticia, por sugestión, pasión o imitación, o si tienen claro y bastante fundamento.

14.—Meditar sobre algunas de estas ideas: Que los más grandes seres son silenciosos y serenos;

Que en el Silencio se incuban y se forman las cosas más trascendentales;

Que *Silencio, reposo y resurrección*, son tres fases de un mismo proceso;

Que el Silencio conduce al Olvido, y éste a la Paz;

Que el ritmo, la fuerza y la gracia nacen del Silencio;

Que «le bien, ne fait pas de bruit; et le

bruit, ne fait pas de bien» (Divisa de las *Hermanitas de los Pobres*);

Que «en el día del Juicio daremos cuenta de todas nuestras vanas palabras (Evangélicos);

Que la paz de la familia y de la Sociedad tienen su mejor remedio, cuando se han alterado, en el Silencio;

Que la divina y «Silenciosa Voz Interior», sólo habla en el silencio y en la soledad (Mahatma Gandhi).

15.—Meditar sobre los grandes beneficios,—para la salud del espíritu, del cuerpo y del alma,—que traería *imprimir un ritmo a la propia vida*: así como lo tienen las criaturas y las cosas más sencillas y buenas; así como lo tienen los astros, *que se mueven armoniosamente en una órbita constante*.

16.—Trazarse mentalmente un Plan de vida, a grandes líneas y para un largo período de tiempo: «*Qué debería y querría y podría hacer, acorde con mi vocación?* Sé ahora adónde voy, y cómo y por qué voy? ¿Estoy realizando *mi propia vida* o la que me imponen los demás?» Formular este plan con entera claridad, y revisarlo cada vez que se practique el Día de Silencio.

17.—Esforzarse, una y otra vez, en *sentir plenamente*, que uno es Espíritu; que el cuerpo, el ánimo y la mente, no son sino *vehículos*, instrumentos del *Yo*, sobre los cuales *puede* Este adquirir perfecto dominio y señorío.

Recordar y repetir muchas veces que «El hombre es lo que es su pensamiento», y que «cómo pensamos, así hacemos».

Nadie es libre, sino quien gobierna su mente.

ALBERTO MASFERRER

1925-San Salvador.



¿Qué hora es?...

=Sección destinada a los encargados de la enseñanza pública en escuelas y colegios=.

La enseñanza del idioma

=De *La Nación*. Buenos Aires=

EN un diario de Buenos Aires dijo hace algún tiempo un escritor premuroso que en la frase *el hacha*, así el artículo como el nombre eran del género masculino, y un frondoso semanario en cuyas columnas más leídas anda a caza de gazapos un espíritu inquieto y de vasta información, observó, citando un largo párrafo de cierta gramática, que el nombre *hacha* era femenino, y el artículo antepuesto a esa palabra era masculino.

En rigor en la frase *el hacha* tanto el artículo como el nombre son femeninos. Los artículos *el* y *la* son la transformación fonética de los demostrativos latinos *ille*, *illa* o mejor dicho de sus acusativos *illum*, *illam*, según las reglas de cambio de sonidos formuladas por la ciencia. El artículo femenino antiguo fué *ela*. Decíase *ela casa*, *ela duenna*, *ela agua*, *ela águila* y por repugnar al genio de la lengua española (si tal genio existe) la duplicación de vocales, se suprimió en voces como *ela agua*, *ela águila* el *a* final del artículo. De modo que cuando se dice *el alma* en rigor se conserva el artículo femenino apostrofado. La *e* del artículo *ela* desapareció por elisión como ha desaparecido en otros vocablos.

Todo esto carece de importancia y lo ponemos de presente con la sola mira de hacer ver el camino torcido que se sigue en la enseñanza de la gramática hace cosa de veintidós o veintitrés siglos. Las lenguas extranjeras se enseñan por lo general siguiendo procedimientos erróneos, en lo cual cabe la disculpa de que nadie tiene obligación de saber correctamente una lengua distinta de la suya propia. El mal está en que la lengua propia se enseña, en América y en España, por los mismos métodos más o menos absurdos de que se hace uso en el aprendizaje de lenguas extranjeras. En esto hay una deplorable razón y tradición histórica. Es sabido, o a lo menos por sabido lo dan hasta ahora los tratados de historia, que Dionisio el Trace o el Tracio fué el primer autor de una gramática. Trátase de un profesor griego venido a Roma con el objeto de enseñar a los latinos el idioma de Homero, de Platón y Demóstenes. De modo que la primera gramática de que hay noticia la escribió su autor para enseñarles a ciertas gentes una lengua extranjera. La gramática del maestro Dionisio sirvió de modelo, sin duda, a los que más tarde escribieron gramáticas latinas para el uso de quienes tenían la lengua del Lacio por idioma nativo. La gramática castellana de Nebrija (o Lebrija)

publicada en 1492 se parece a la latina escrita por el mismo autor, para uso de los españoles, como un huevo de gansa a uno de gallina.

Antes de que hubiese malas gramáticas para el aprendizaje de la lengua maternal, el niño la aprendía en su casa oyendo hablar a sus padres y en la escuela leyendo los clásicos y escuchando la cuidadosa pronunciación del maestro, su sintaxis perspicua y elegante y su prolija declinación de los nombres. Se aprendía entonces la lengua maternal, sin necesidad de gramáticas, a la manera en que debían enseñarse hoy las lenguas extranjeras, es decir educando el oído, el gusto y la voz de los aprendices. Pero, al revés, hoy se enseña la gramática del idioma propio como se enseñaba la de la lengua extraña antes de Jesucristo.

Se pierde un tiempo precioso en enseñarle al niño cosas que el pobre sabe tan bien como su maestro. ¿Cuál es el chico que a los nueve años ignora la conjugación del verbo «amar» y de todos los regulares e irregulares que contribuyen a enriquecer la lengua? Y sin embargo se gastan meses y años de una preciosa edad en enseñarle al niño cosas como ésta y la formación del plural y el género de los sustantivos y su concordancia con los adjetivos, cosas que el educando sabe sin que se lo enseñe la gramática. Hay algo peor que esto. Antes de conocer la teoría de los relativos en español, el niño los usa correctamente. Tratando más tarde de hacer coincidir su conocimiento práctico con las reglas que le dan en la escuela empieza a dudar y yerra seguramente tratando de seguir los preceptos gramaticales que a veces no entiende.

Todo lo que antecede sirve para hacer ver que la lengua en los primeros años de la enseñanza escolar debe enseñarse haciendo leer mucho a los niños y cerciorándose el maestro con ejercicios saludables y constantes de que el alumno entiende lo leído. No es necesario decir que las lecturas deben escogerse en el abundante caudal de la lengua, prefiriendo desde luego a los escritores que se han distinguido por sus virtudes de precisión, claridad y natural (no artificiosa) elegancia. Leer mucho y confiar a la memoria trozos de los mejores escritores es sin duda el mejor sistema de darle base sólida al aprendizaje de la lengua. Así la aprendían los niños antes de haber invertido Dionisio el Trace las categorías lingüísticas con su infausta gramática griega «al alcance de los romanos». Es lás-

tima que el libraco se haya perdido. Serviría hoy de seguro como excelente modelo para saber la forma en que no deben escribirse gramáticas.

Cuando esté madura la mente del niño, a los quince o diez y seis años, sin necesidad de perder el tiempo haciéndole repetir lo que sabe, se empezará a enseñarle las categorías gramaticales, asunto muy abstruso que no es tan necesario para escribir bien, como para pensar correctamente y poder penetrar en los embolismos de la filosofía. No hay que olvidar cómo hay un número de gentes con títulos universitarios de varios colores, y muchas gentes de letras que no han podido aprender nunca las categorías gramaticales. Basta oír los desatinos que suelen endilgar algunos profesores de gramática para comprender hasta dónde son abstrusas estas nociones para algunas inteligencias.

Por último, interesa más conocer la historia de la lengua y sus transformaciones que todo ese formulario hueco de conjugaciones y reglas para formar el plural y usar las terminaciones diminutivas. Estudiando las transformaciones y deformaciones del idioma, sus alternativas y vicisitudes, y enterándose una vez por todas de lo que son las categorías gramaticales, podría decir un hombre que conoce su lengua. No quiere decir esto que así habría de [hablar y escribir bien. Muchos hablan bien que no han estudiado su lengua, otros escriben mejor que nunca la habrían aprendido, aunque se hubiesen puesto a ello con heroico empeño. Tengo a la vista una gramática de la lengua inglesa escrita por el Dr. Wylde, catedrático de esta asignatura en la Universidad de Liverpool; libro ameno, no exento de humor, y empapado en ese expansivo sentimiento de libertad, característico de la raza. Nada hay en el texto de reglas. A lo sumo explica históricamente por qué unos nombres hacen el plural en forma distinta de otros, y cuál es la razón lingüística por la que unos verbos se conjugan apartándose de las formas más usuales, por lo cual se las llama irregulares erradamente. En ese libro se ve palpitar el corazón de la lengua, como se pueden estudiar desde afuera las funciones orgánicas en algunos animales de sangre blanca y de piel transparente.

B. SANÍN CANO

Informaciones Sociales

Organo en español de la Oficina Internacional del Trabajo de Ginebra

Artículos de los escritores más eminentes. Noticias sobre el movimiento social en el mundo entero. Estadísticas comparativas respecto al precio de la vida y al tipo de los salarios en las principales capitales de Europa y América.

Se publica mensualmente

Precio de suscripción: 20 pesetas anuales
Número suelto: 2 pesetas.

Diríjase la correspondencia de redacción y administración a:

A. FABRA RIBAS, Apartado 3032, Madrid.
Dirección telegráfica: INTERLAB, Madrid.

El probable Arbitro

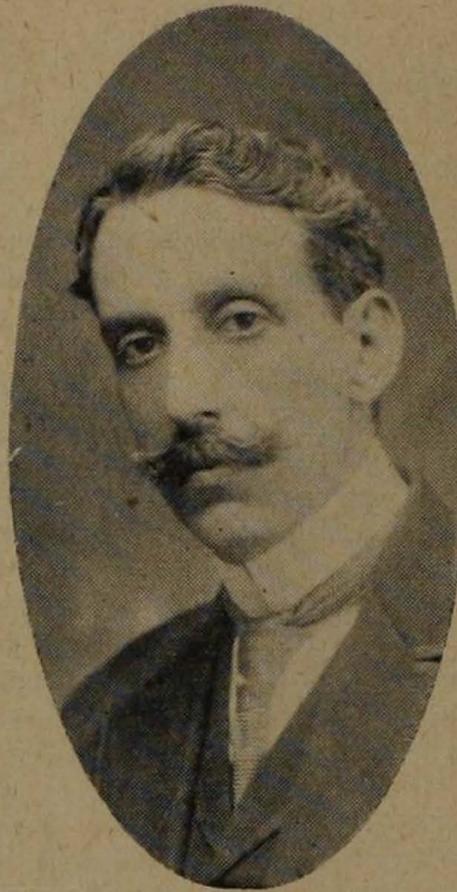
=De *Excelsior*, México, D. F.=

SEGÚN los informes oficiales que *Excelsior* recogió en su edición del 8 de los corrientes, entre la terna presentada al Departamento de Estado Norteamericano para escoger el sucesor del doctor Rodrigo Octavio, que ejerció hasta hace poco el elevado cargo de Arbitro de la Junta de Reclamaciones entre México y los Estados Unidos, figura el ya ilustre internacionalista costarricense Alejandro Alvarado Quirós, de cuya personalidad no tiene el público mexicano noticias muy amplias.

Alejandro Alvarado Quirós representa en América el tipo sin mezcla del «ciudadano» continental, del hombre que por sus devociones y su cultura ha podido sobreponerse a las divisiones políticas del momento, para contemplar como cosa propia todo el complejo de los destinos del nuevo mundo. Es natural que para llegar a semejante actitud, futurista y práctica a un tiempo, el señor Alvarado Quirós haya tenido que pasar por una larga evolución cultural, característica de su temperamento serio, estudioso y reservado. La vida cívica de Costa Rica, tan ordenada y cerebral, tan minuciosa y hasta puritana, se corresponde admirablemente con su naturaleza geométrica de hombre sosegado y reflexivo, en quien alternan, por contraste compensativo, las inspiraciones del escritor purista y las especulaciones de orden moral.

El señor Alvarado Quirós, a quien conozco intimamente, frisaré pronto medio siglo. Hombre que hereda del influjo paterno una rectitud espartana, pudo muy bien sumarse incondicionalmente al grupo de oligarcas que ha manejado la política de Costa Rica siempre; sin embargo, su influencia, aunque decisiva en momentos críticos para el país, no se ha hecho sentir sistemáticamente, excepto en la forma indirecta y noble del pensador y del artista que ha consagrado admirables páginas al culto de los antepasados y a la veneración patria.

«Alejandrito», como le decimos los amigos en la cálida intimidad de la patria chica, ha cursado, sin quererlo, una brillante carrera política. Ha sido diputado al Congreso varias veces, ha desempeñado cargos de suma importancia en el extranjero—Estados Unidos, Francia, el Perú y Chile—y ha ocupado con gloria el sillón del Ministerio de Relaciones Exteriores, en la ocasión difícil que indicaba la revisión de los Tratados Internacionales con Centro América y Estados Unidos; especialmente el llamado Bryan-Chamorro, que aun produce inquietudes a la política integral de esos países. Todas las leyes costarricenses, sobre todo en su referencia con los problemas extranjeros, tienen algo de su personalidad, celosa de servicio y ajena, por tanto, a todos los individualismos disolventes. Se ha indicado su nombre en repetidas ocasiones para la Je-



Licdo. Alejandro Alvarado Quirós

fatura del Estado, pero el señor Alvarado Quirós ha soslayado la cuestión sin tácticas ni premeditaciones, con la simple renuncia del gesto romano, a semejanza de aquel otro Presidente, don Francisco M.^a Oreamuno, que abandonó el poder y se refugió en la soledad, de donde fué arrancado a la fuerza y devuelto a sus dignidades ejecutivas.

Mas no es en este mero aspecto de política algo arcaica en el cual su individualidad toma toda su fuerza; por el contrario, casi todo él está vigoroso y sólido, en el tipo moral, en el carácter trascendente de mentor de la juventud, a la cual busca siempre con simpatía y fervor socrático para atraerla hacia los ideales y los renuevos. Donde quiera que hay un intento de arte, de filosofía, de ciencia en fin, ahí está «Alejandrito», solícito y meseniano, inspirando con desinterés y caldeando con rectitud. De ahí su fecunda época de conferencista, que abraza todo un ciclo de su vida a un tiempo quieta y activa, repartida entre las obligaciones de su profesión y de su familia y los deberes de la ciudadanía. Su concepto de la «patria» es puramente intelectual y cualitativo; una patria sólo es grande, ha dicho repitiendo el concepto clásico del humanismo europeo, por la virtud de sus hijos y no por la extensión de su territorio. La aristocracia de su mentalidad, mejor que la de su cuna elevada, tiene el carácter purista del héroe griego, que comprendía la nobleza como una actitud para servir y no como una oportunidad para explotar.

Como escritor, Alvarado Quirós es notable; sin llegar a las exaltaciones de la pujanza y de la crítica demoleadora, su obra es acentuada, fina y serena como conviene a un hombre que tiene citrado su genio en el evolucionismo gradual. De vivir en un pueblo más vasto, menos figoneado por la intimidad y el chismorre, Alvarado habría logrado madurar mejor su vena crítica, su fervor constructivo; pero en Costa Rica, por las razones indicadas, por las consideraciones personalísimas que se establecen del diario contacto, un crítico es algo imposible, casi odioso. Sin embargo, en los cinco libros que lleva publicados, aparece con firme relieve su personalidad de pensador y de estilista. Los libros de Alvarado son hasta ahora: *Piedras Preciosas*, en colaboración con el irónico Baudrit (1903); *Lilas y Resedas*, traducciones del francés (1912); *Bric-a-Brac*, estudios jurídicos y literarios (1914); *Episodios Novelescos de la Guerra Europea*, traducciones (1915); *Bocetos*, semblanzas de artistas y hombres de letras (1917); y por último, *Nuestra Tierra Prometida*, colección de palabras dichas para honrar la memoria de personajes influyentes de Costa Rica (1925).

La actitud de este distinguido jurista ante los fenómenos internacionales ha sido de una probidad insospechable. En el Congreso de Santiago de Chile su personalidad ardorosa, sofrenada siempre en el pequeño convivio, apareció en su plenitud; su voz se alzó en nombre de la justicia, y pidió la presencia de México como pueblo libre y renovador, en las sesiones del Congreso, con el fin de legalizar el derecho de todas las naciones del Continente a darse el gobierno más en consonancia con sus aspiraciones. La prensa de toda América ha comentado suficientemente esta actitud, y no hay para qué hablar de ella. Frente al fenómeno político de Norte América ha sido siempre respetuoso pero intransigente; admira y comprende aquella gran nación, pero desea que el principio autónomo de nuestros pueblos no sufra quebranto alguno, a fin de que la valía cívica de nuestras relaciones con el anglosajón estén en una línea paralela de mutuo respeto y cooperatismo ideológico. «En nuestro mundo ibero-americano cabe también el anglosajón, pero sin que se acepte otra supremacía que la de la virtud», ha dicho.

Es, pues, indudable, que en manos de un hombre semejante, los altísimos intereses todavía en disputa entre México y Estados Unidos, tendrán un guardián celoso y un árbitro incorruptible, una mentalidad y un corazón que sienten con gravedad sacerdotal el peso de su toga y conciencia de su ministerio. Porque Alvarado Quirós es de esos hombres que honran el suelo que pisan.

RAFAEL CARDONA

La nostalgia del filósofo

Enrique José Varona

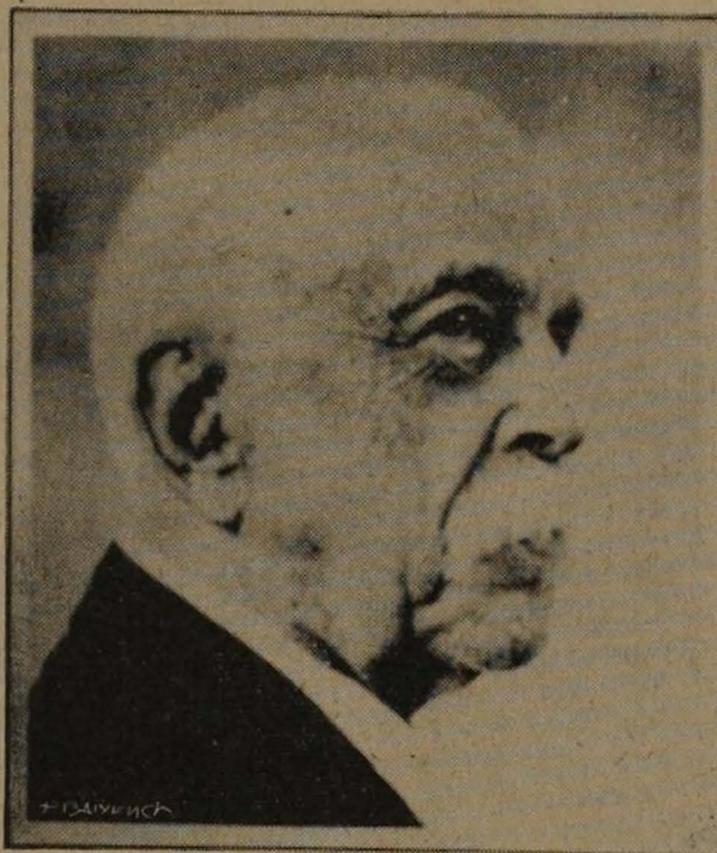
EL Vedado... Sol de las claras mañanas... Visión azur del mar cantor... María Caridad que va al mar a entregarse a los mordiscos de sus olas lascivas, como labios de acero candente... ¡Por qué encontrarla, tan inesperadamente, después de tantos meses de haberla olvidado! ¡Y tan dulce como antaño, pero que siga el olvido!

Viejos recuerdos, casi olvidados, vividos en el barrio aristocrático (la aristocracia social es una aberración inicua) habanero, aparecen todos espigados de melancolias, aquella mañana risueña y adorada de julio.

El chalet claro y austero del Maestro, con la sencillez de una ermita donde morara un penitente, uno de esos penitentes que han pecado mucho con ebriedad de ensueños y con borrachera de sexos, que han vivido intensamente, y ya con el frío de la experiencia en el espíritu y en los nervios, buscan un callado retiro, que sea como atalaya de moribundas utopías y esperanzas en derrota.

La vivienda de Don Enrique José Varona no es una ermita de pecador, porque él no fué un pecador de la escuela de Epicuro o de Aretino y mucho menos de la de Wilde, hombres atormentados por la rebeldía de la sangre intoxicada de diablismo y por la estética sensualista... Sino un profesor del Jardín Academus superviviente hoy, de este hoy absurdo para la Belleza y para el Arte idealista, y sólo es un escapado de la falange socrática, con reminiscencias de Parménides.

Largos años ha, cuando fuí estudiante y bohemio, allá en aquellos lejanos tiempos idos de cuando abandonaba las aulas de la Escuela de Ciencias Políticas y Sociales, de Caracas, ora discutiendo el postrer avance de Joffre o de Lunderdorff, ya glosando versos de Juan Ruiz, el libertino Arcipreste de Hita en su *Libro de buen amor* o en el de los *Ritos* de Guillermo Valencia, el poeta sonoramente cincelador, que todos los días comulga en Popayán... ora perfilando la personalidad de Montalvo, el de la *Mercurial* o de Zorrilla de San Martín, el de *Tabaré*, ya admirando la política amplia de Brun o denigrando la política aldeana de Marco Fidel Suárez... ya describiendo con palabras nerviosas la última aventura sentimental con alguna semi-virgen o con alguna neurótica dama de abolengo... En esa vida agitada de la adolescencia borrascosa, en mi fauna exótica de arte inédito y cerebrismo escudriñador, me familiaricé con el nombre de Enrique José Varona, como con todos los escritores latino-americanos de auténtico valor mental, dentro el núcleo gallardo de mis jóvenes y extravagantes camaradas, quienes leíamos a San Tomás de Aquino a la par que a Darwin, Apuleyo y Verlaine, y bebíamos menta con aguardiente en las manos delicadas y brillantes



(Ultimo retrato)

de nuestras efímeras amadas de media noche, en esas medias noches inolvidables de Caracas... ¡Era la influencia morbosa y celeste de Mürger, el contagio santo de la Francia de Moliere, en la noble y soñadora Caracas, hermana de la Belleza y del Arte, y propicia a la bohemia mürgeriana!

¡Años adoslescentes, fenecidos ya, y sobre cuyas ruinas primorosas nació y creció robustamente, como un samán enérgico y bello, el Ideal macho de justicia, entre ortigas y cactus, en pétreos arenales!

¡Y qué triste es evocar—oh Dante, amigo mío—en los días adversos las épocas felices...!

Han pasado muchísimos años de olvido y de evoluciones... La tempestad del crimen me lanzó a playas extranjeras... Mürger fué olvidado, y Carlyle surgió como un sol de libertad y de gloria...

Y un barco yankee me trajo a Cuba, la bella y querida Isla inolvidable... Y en la Habana, en una remota noche, mi encantadora amiga, la esplendorosa poetisa Mariablanca Sabas Alomá, me dijo:

—¿Conoces a Don Enrique José Varona?

—No lo conozco personalmente, pero lo he leído y leo, y le admiro, desde hace mucho tiempo.

—Vendrá a verme dentro de algunos minutos, y te presentaré... Y conocí y traté aquella noche a Don Enrique José Varona, el filósofo.

Y en estos días lo he vuelto a ver y hemos hablado sobre realidades sangrientas, dolorosas, horrendas...

Pocos hombres intelectuales en la América Latina han formado escuela espiritual, han creado conciencias nuevas, han forjado nuevos credos éticos y han delineado derrote-

ros nuevos en la vida filosófica de nuestros pueblos.

La historia intelectual de nuestras colonias americanas es borrosa, con bocetos turbios, indefinidos, los cuales se diluyen en la mediocridad. Y en la vida republicana, a pesar de cien largos años de ella, el exponente filosófico, apartándonos de la literatura y del arte en todas sus facetas, es pequeño y algo penoso, ya que somos cerca de noventa millones de latino-americanos, donde por cada pensador tenemos un millar de generales imbéciles y bellacos, por cada buen poeta una tonelada de coroneles...

¿Dónde está el máximo pensador de la América Latina, tan lúcida para la idealidad y para el pensamiento, como generosa para la esclavitud?

No lo tenemos, y tan sólo preclaros ensayistas: Acosta, Rodó, Ingenieros, Caso, García Calderón, Hostos, y Varona, el superviviente estoico de Cuba.

En cambio, la América sajona, la imperialista y odiosa tierra de Edgar Poe, ama y respeta a sus intelectuales, los halaga y los estima, y no los

deja morir de hambre ni de desesperaciones, como la romántica América Latina los deja morir: Cecilio Acosta (completamente desconocido) no franqueaba a veces sus cartas porque carecía de diez centavos... Y José Enrique Rodó que perece de hambre en Italia... Mientras las nulidades triunfantes y la zococracia de la mediocridad, imperan, con la más abyecta profanación del Ideal.

Cien años de pseudodemocracia, de tremendas inquietudes mentales y de agudo nerviosismo espiritual, de emotividades sutiles y grandiosas para ni siquiera dar un Emerson ni un William James ni un Poe... ¿Y motivos?

Nuestra pretérita y presente vida precaria de miserias morales y materiales. Y nuestra vida inestable de nefandas discordias políticas en nombre de una mal entendida demagogia republicana y de una inverosímil democracia, cuyo producto efectivo es la hez de todas las fuerzas que constituyen nuestra débil nacionalidad continental.

Tiene Rodó vitalidad espiritual para ser tan eminente como Renán, pero bastó que naciera en la América Latina para que el sublime tallador de *Motivos de Proteo* se le considere inferior al autor de la *Vida de Jesús*. Y lo mismo podemos glosar de García Calderón con Bergson, Ingenieros con Max Nordau, Varona con Ruskin.

Rodó tiene páginas tan geniales como Guyau, pero el europeo es más conocido universalmente que el americano. Cuestión de nacionalidad.

Y de nada nos vale haber dado formidables mentalidades, porque estamos todavía sin un Spencer y sin un Taine, sin un Zola

y sin un Ibsen, y lo más triste es que vamos a buscar a costas europeas la idea y el sentimiento que podemos hallar en cualquiera de nuestros grandes y desconocidos pensadores... Porque en estos instantes los habaneros conocen más la vida y las obras del señor Buscabulla, personaje histriónico de una sarcástica revista de la Habana, que de la vida gloriosa y obras sabias de Varona, por ejemplo; ejemplo que cabe en Caracas como en Quito.

Enrique José Varona, en su hermosa ancianidad de aislamientos, es un mártir, porque en su juventud como en su vida madura soñó con una América ilustre... Y él va avanzando hacia la tumba paralelamente con nuestra América Latina que se desintegra, que se borra, que se despersonaliza...

¡Y qué trágico es asistir a la crisis, a la muerte y a la cremación de nuestros más altivos ideales, que tanto adoramos!

No debe aislarse, acorralado por los desengaños y la infidencia, el solitario filósofo del Vedado, no, porque aun le queda tiempo en su rebelde vejez para levantar su verbo de libertad y de justicia social, como bandera audaz de combate, sobre las bravías cabezas de las nuevas y jóvenes legiones de Ariel y empujarlas a la batalla dantesca contra los ejércitos mercenarios de Calibán, el vencedor de hoy.

Verbos nuevos y valientes comunican energías y bravura a las jóvenes legiones de Ariel. Pero Varona debe unirse, saliendo de su silencio de desesperanza, a Vasconcelos y a Palacios, los guías.

Varona no es partidario del socialismo, y sin embargo, cree sinceramente, que los pueblos, como rebaños de ilotas que anhelan liberarse, caminan a grandes pasos hacia el socialismo liberador. Ve con tristezas infinitas nuestros fracasos vergonzosos de pseudo democracia, la quiebra violenta espiritual y moral de nuestros ideológicos principios republicanos, interpretados erradamente por unos y por otros con mala fe.

Ayer es hoy para soñar y para llevar a la realidad bella las más dulces idealidades, me confesó un alma luminosa, en un instante de prematuros desencantos... Y ayer es hoy para el ilustre filósofo del Vedado, cuyo nombre es símbolo de dignidad y de libertad en la América Latina.

¡Qué triste y qué desencantado vive, qué amargado permanece en su soledad inmensa, mordido por una nostalgia inclemente, el anciano filósofo del Vedado!

Pero ayer es hoy...

Calibán está venciendo a Ariel, la Justicia yace sobre el más abyecto de los escarnios, y la Libertad polula mancillada como una joven mujer púdica y débil, infamemente violada...

Pero ayer es hoy...

F. LAGUADO JAYME

Habana, 1926.

Alfar

Mensuario

Director: JULIO J. CASAL

Cantón Pequeño, 23. La Coruña, España.

La lámpara fiel

(Palabras de RAFAEL HELIODORO VALLE ante la tumba de SALATIEL ROSALES, el día 22 de setiembre de 1926).

AMIGO que te has cansado de andar, duerme en los azules brazos de la muerte. Nos dejas en la lucha, en algo que nos acobarda más que la muerte; nos dejas en la vida, yendo y viniendo como fantasmas de los sueños.

Cuando te ví la última vez, en un convivio que para mí ya no tendríamos otro— porque estabas muy cansado, muy triste— no creí que tan pronto viniera a despedir tu cuerpo mortal y a saludar tu alma que siempre estuvo en la ergástula y que ahora retorna a la alegría. Fuiste un oprimido del amor sin reciprocidad, del pensar agudo que te afiebraba la mente, de lo cruel que fueron contigo los que te postergaban en la tierra natal. Tú también sufriste la misma pena que otros; tú también fuiste un extranjero allá; te negaron y te hicieron a un lado, y un día, y otro y otro, viste triunfante al advenedizo y sobre tí al mediocre. Cuando sepan allá que has muerto, te dirán palabras tardías, loas vanas y te recordarán inútilmente.

Tú también saliste huyendo de aquel incendio, en el que lo menos es la guerra civil que sopla sobre los odios, y lo más la incomprensión, el desdén a las cosas excelentes del espíritu, la torpe ingratitud para quienes, mereciéndole todo, se les ha negado todo. Y te sentías morir de un mal más incurable que el que te ha rendido: el mal de ser un expatriado voluntario, de huir sin haber cometido un crimen, de ganarte el pan en una tierra que no viste al abrir los ojos, pero que ha tenido la bondad de recibirte en su seno.

Quédate para siempre aquí, en donde si algunos te negaron, no podrás quejarte, porque nunca fueron los tuyos; pero en donde hallaste también mucho calor y hospitalidad, cuando algún mexicano hermano nuestro te oía y te entendía. Gracias, México, porque sabes querer al que te busca, al que en tí cree, al que en tí vive honradamente; gracias porque en tu polvo bendito descansará el amigo inolvidable que se lleva cosas risueñas de mi juventud, porque tu cielo amparará su dormir sin molestias y frente a tus volcanes limpiará la escoria que le haya ensombrecido.

Ya no te preocupará el decoro del estilo, no te inquietará asomarte a la ventana para ver qué trae el día, ni por dónde viene la tempestad. Ya no serás perturbado por el anhelo horrible de saber dónde está la verdad, esa verdad que tal vez se te ha por fin revelado. Y poco a poco, cuando quiera caer sobre tí el olvido, lo más espantoso de la muerte, veremos surgir de tus prosas el resplandor sereno que te quemaba en la larga vigilia cuando a solas contigo buscabas la palabra bella con qué vestir tu pensamiento.

Aquí te quisiste quedar, en este valle

mexicano que te será bueno como un regazo de ternura; y aquí te dejamos, cerca de nosotros, vivo en nuestra tierna predilección, para que te conforte la esperanza que un día acariciaste, la de que en la sombra violenta vigile el amor de tus amigos como una de esas lámparas en que se irisan y sonríen las lágrimas cobardes.

Un amigo: el Dr. Bonilla

Me ha llegado la noticia de su muerte en momentos en que me dirigía a visitar la tumba de otro amigo carísimo, don Justo Sierra, con quien cada trece de setiembre sostengo diálogos silenciosos. Y he aquí que la noticia tanto me consterna que apenas podré decir todo lo que deploro la que será la más prolongada de sus ausencias.

Vuelvo a admirar ahora su inteligencia esclarecida, sus modales llenos de dignidad, su mirada astuta que le hizo amo de muchas voluntades y el señorío que le daba, cualquiera que fueran las circunstancias, el puesto de distinción que merecía.

Don Policarpo Bonilla fué un ejemplo que debían imitar los jóvenes de mi país. Venido de la gente humilde, hijo adorado de quien fué una de las primeras matronas de Honduras, se forjó en medio de la penuria como en una epopeya de la voluntad, y pronto el joven, fortalecido en las virtudes solariegas, anhelante de acatar su imperioso destino, pudo llegar al ápice de su prestigio de jurisconsulto y a la popularidad que de entonces acá le designó un papel en la tormentosa vida política hondureña.

Pero el corifeo ideológico, el luchador sin miedo, me interesan menos que su templanza de palabra y su resuelta energía en la acción así como aquel valor personal y aquella resistencia ante el dolor físico que sólo fueron equiparables a las de Montalvo y Martí, y, sobre todo, lo que él valía como generosidad. Amigo siempre listo a demostrarlo, jamás le oí un dicitio contra alguno de los que mal lo trataban, pues conocedor de las veleidades humanas y de las sorpresas de la vida, no era terrible en el ataque sino cuando se le agredía, y su virtud máxima, haciendo a un lado la de la devoción filial, era la indulgencia para los defectos o pasiones de los otros.

Lo tengo a mi vista con aquella actividad dinámica que le fué tan peculiar. El trabajo era su mejor asueto, el diálogo interior su disciplina, y cuando en el seno de su hogar hoy ensombrecido para siempre, se entregaba a los halagos del afecto, ni siquiera éste podía torcerle un rumbo adoptado, pues si de algo pecó fué de exceso de terquedad y acaso también de haber disimulado muchas veces su ternura.

Policarpo Bonilla no tenía odios; ¿uedo jurarlo así enfrente de su cadáver aún tibio, pues lo que sus adversarios llamaban

así, no era sino inmenso afán de justicia y un bien defendido orgullo. Espíritu joven y alerta, jamás rehusó encararse a los contratiempos ni desdeñó las que, para él, fueron caricias del peligro. No creo que haya en la historia de Honduras, y acaso en la de Centro América, una vida más templada en el desencanto, pero que nunca se acobardó ni en las ocasiones en que la muerte lo pasó rozando.

Cuando tenga tiempo y calma — porque ahora los recuerdos se me atropellan y la pena me invade — diré lo que fué su vida caballerescas que mucho deja que imitar porque fué mucho. Mi amigo — mi grande y buen amigo — descansa en el seno de la luz perpetua, allí donde triunfa el amor como una lámpara y el recuerdo suaviza como una misericordia.

Ahora te digo, señor, las palabras más leales, aquellas que jamás me oíste, porque yo fuí uno de tus adictos, un enamorado de tu honorabilidad. Yo sí sabía lo que significabas como ejemplo, y ahora te lo digo en voz alta, no para que lo oigas, sino para que lo sepan quienes negar te quieren.

Aquí dejo mi homenaje, que quisiera esculpir en mármol blanco porque así fué el cariño que le tuve: y me asocio al dolor de su familia, al de sus otros amigos y a la dulce añoranza de aquella Honduras triste que al cielo alza los brazos con desesperación pero a la que ni siquiera le tienen piedad sus montes de sañuda grandeza.

RAFAEL HELIODORO VALLE

México, 16 de setiembre de 1926.

El genio de Edgard Allan Poe

Para REPERTORIO AMERICANO

Uno de los rasgos esenciales de Edgard Allan Poe es la perversidad. Pero no en el sentido que vulgarmente se da a este vocablo. Cuando decimos perversidad, queremos significar desviación. La perversidad existe, en sentido etimológico, desde el momento en que nos separamos de la vida ordinaria, aun cuando no sea para cometer actos punibles. La curiosidad de conocer, en sí misma, es ya una forma de perversidad, porque nos aleja de las apariencias, con el premeditado designio de llegar hasta el fondo de las cosas. Hay que ver en ella algo así como el comienzo de la enfermedad de infinito, que Poe analiza en todas sus obras.

Esta enfermedad de infinito es el argumento real e íntimo de todas las aventuras extraordinarias que imaginó el poeta norteamericano, porque no hay que creer que fueron escritas para servir de solaz, sino que, a menudo, disimulan vagabundeos de la conciencia por el mundo metafísico. Son símbolos, alegorías en el secreto de sí mis-

mas, no en sus personajes ni en los actos de éstos, que permanecen sometidos a todas las leyes de la realidad. La imaginación de Poe confina con la de los filósofos y místicos.

El nos ha explicado claramente su método de poeta y de analista. En muchas páginas de sus obras, lo mismo que en sus cuentos, no duda en exponer sus procedimientos con tal precisión que llega en veces a desconcertar al lector. Le tiene horror a la inspiración, que para él sólo es desorden, y no nos oculta que lo que persigue son efectos, alcanzando de este modo la esencia de la doctrina del arte por el arte. Su estilo está de acuerdo con sus teorías sobre la composición. Sus cuentos son, por la técnica, modelos ante los cuales la expresión de «clásico» adquiere todo su valor. Antes de él no se había forjado un arte tan denso, sano y acabado. Pero es sin duda en *La Génesis de un Poema* donde ha demostrado mayor lucidez, hasta el punto de que durante mucho tiempo no se ha querido

ver en esa composición más que fantasía y humorismo. Sin duda Poe exagera allí, como cuando pretende demostrar «que la idea de *El Cuervo* no es otra cosa que el resultado de una serie premeditada de silogismos, un producto fabril cuya misma invención está comprendida dentro de su manufactura». No por eso tal ensayo deja de ser precioso y verdadero. Con ayuda de él podemos llegar más allá de las fábulas que Poe imagina para aprehender lo que con ellas ha tratado de significar.

Por otra parte, no resulta difícil tampoco reducir a la unidad sus personajes: ¿y esta unidad no la encontramos, por ventura, en una presencia invisible que actúa en todas partes? Presencia misteriosa y omnipotente, especie de fatalidad que hace inútil toda noción de ética. Por eso en Poe no hay moral. Poco le importa que los personajes de sus fabulaciones se conduzcan bien o mal. Esto ni le interesa ni le conmueve. Pero si sus héroes pertenecen todos a un mismo tipo, si forman lo que podríamos llamar «el hombre de Poe», no son sin embargo el mismo Poe. El hombre de Poe, analista y visionario, permanece al margen de la vida social y moral. Se acerca a todas las cosas sin mezclarse con ellas. Este apartamiento es lo que lo aproxima al vate infortunado, que no se propone describir la vida, sino formular, por medio de alegorías, ideas generales sobre las relaciones entre la conciencia y el más allá.

Sus cuentos no poseen el mismo valor literario. Algunos son obra de las circunstancias pero en todos muestra Poe la misma aplicación e idéntico pensamiento.

Queremos señalar también el carácter del amor en la obra de Poe: Edgardo, aunque exaltado y febricitante, vive una vida casta. Desprecia el libertinaje, respeta a la mujer y su ideal femenino continúa siendo el mismo a través de todas sus experiencias sentimentales. Comprometido a los diez y siete años con Sarah Elmira Royster, tocóle ver a su novia casada con otro. Diez años más tarde, se une con su prima Virginia Clemm, mucho más joven que él, pero quien le hizo feliz hasta el funesto día en que, fresca aun, tuvo que abandonarla en brazos de la muerte. Después pidió la mano de Sarah Hellen Whitman, pero un incidente absurdo impidió su matrimonio. Poco antes de su muerte, acaecida el 30 de octubre de 1849, estuvo a punto de casarse con Mrs. Shelton, que no era otra cosa que Sarah Elmira Royster, ya viuda. En síntesis, su vida al lado de las mujeres, fué leal, pura y desventurada. Así se explica que las haya transformado en las criaturas casi inmateriales de sus cuentos o en las heroínas semibrumosas de sus poemas; de manera que aquéllas y éstas, forman algo así como un diario íntimo idealizado.

Hay quienes se extrañan de que Poe busque a veces lo cómico, y querían verlo convertido en un profesional del terror, ignorando que el terror nunca fué para él una finalidad sino una tesis. Sus cuentos cómicos son mixtificaciones dolorosas, que él desarrolla con la misma seriedad que con-

Quien habla de la presa en su género, Rica. Su larga

Cervecería TRAUBE

se refiere a una em-singular en Costa experiencia la colo-

ca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada,

Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

sagra a sus obras más importantes. La agilidad de su genio resalta aun más en este género que parece extraño a su compleja intelectualidad.

Todas las armas le parecieron buenas a Poe para luchar contra la idea del progreso, que detestaba por ideología y razones personales. No quiere decir esto, que fuera un espíritu rutinario. No. Su inteligencia era vasta, amaba todo lo que le parecía original y profundo y sentía curiosidad por lo que podía abrir nuevas perspectivas al pensamiento. No era, pues, hombre que se complaciera en el pasado; guardaba, sí, respeto, admiración y amor a las antiguas civilizaciones, que aparecían a sus ojos como más avanzadas que la que a él le tocó vivir. Lo que reprochaba a la idea de progreso era la negación del pasado. Enrostraba a su tiempo el materialismo y temía que la ciencia industrializada llegase a ser una calamidad, por no ir acompañada de igual progresión en el orden moral. La perfectibilidad humana veíala en la conciencia.

Tales ideas las expresó principalmente en el *Coloquio entre Monos y Una* y en *Mellonta Tanta*, donde ataca furiosamente los principios democráticos. Igual dureza mostró en su crítica literaria, que fué, ante todo, crítica de combate. Mucho más difícil es de calificar *Eureka*, poema en prosa cuya abstracción está rodeada de sombras. Es una cosmogonía, «explicación lírica de la naturaleza por las matemáticas astronómicas y los elementos de síntesis que sus observaciones pueden ofrecer al poeta». El no quería desaparecer sin haber dicho lo esencial de su creencia, por eso se apresuró a expresarlo cuando sintió próximo su fin. No se preocupó por pulir su poema, y a decir verdad, lo que allí nos conmueve, no es la trasposición de una hipótesis científica sino la coronación que aquél constituye en la obra de Poe.

Esta obra está compuesta de fragmentos espléndidos que el poeta no tuvo tiempo de ensamblar para constituir un conjunto perfecto. Pero así y todo, en ella aparece Poe como el precursor de las enfermedades de la personalidad, estando demostrado también que tuvo la intuición de la relatividad del espacio y del tiempo. Vió la muerte como una necesidad, simple hecho de transición, manera de penetrar en el más allá. Hay que mirarlo, no como un cuentista macabro, sino como un místico de la muerte.

MARIO SANTA CRUZ

S/c. Eliseo, No. 16.
México, D. F. México.

EL EDUCADOR

Semanario dedicado a la defensa de los intereses de la Educación Pública.

Director: Lic. Anibal Ríos D.

El número suelto vale 5 cts. oro.

La suscripción a la serie de 12 números vale 50 cts. oro.

Apartado 325, Panamá, R. de P.

En elogio de la vanidad y del orgullo

México 13 de Sep. 26.

Guillermo Jiménez, saluda cordialmente a su gentil amigo García Monge, y se da el placer de enviarle ese original para nuestro REPERTORIO.

ACABO de leer un libro de Alfonso Reyes: *Reloj de Sol*, quinta parte de *Simpatías y Diferencias*, libro que ha levantado un sin número de comentarios en esta paradógica, voluble y maravillosa ciudad de los volcanes.

Las críticas hechas, en voz baja, al margen de *Reloj de Sol*, no han sido del todo favorables. Ciertamente, el libro es flojo en los temas—mal escrito, no—corresponde a una serie de atisbos, de vigilancias, es un libro simpático armado con anécdotas y recuerdos, recuerdos y anécdotas «que lo menos que hacen es divertirnos y nos ayudan a vivir, a olvidar, por instantes».

Unánimes para Alfonso son mi cariño y mi admiración, porque sus comprensiones han sido un festón que han fortalecido mi espíritu y porque lo considero no solamente un escritor, sino un gran escritor lleno de pragmáticas que, con José Vasconcelos y con Antonio Caso—pese a la chata mafia de fariseos—forma un triángulo de selección que honra a México, lo mismo en París que en la China. Vasconcelos no sabe escribir, Vasconcelos no es un orfebre de la prosa, la gramática le importa un comino, pero sabe pensar, tiene ideas y conceptos; su imaginación es un río caudaloso que rompe sus linfas en rocas, saltando al sol en reguero de cristales. Antonio Caso es otra modalidad: estudioso, límpido en la forma, sabe exponer y, sobre todo, tiene el don de enseñar, es un Maestro.

Lo que más ha llamado la atención en el libro de Alfonso Reyes—que no es el último, el último es *Pausa*, libro de versos, París, 1926—es el yoísmo que largamente sentimos en las páginas y que algunos pobres de espíritu han interpretado como vanidad pura.

¿Vanidad? Sí, y muy justa, eso me parece extraordinariamente bien, yo creo que es una brillante conquista espiritual del autor de *Cuestiones Estéticas* que debe anotarse en su haber, porque ser vanidoso significa la convicción perfecta del trabajo y de la sinceridad en la propia obra.

Vanidad, no jactancia. La vanidad es necesaria, es materialmente inhumano concebir que los artistas—llámense músicos, poetas, pintores o escultores—no tengan la seguridad de su producción: si no fuese así, no existirían bibliotecas, ni museos, ni obra de arte alguna, sin el sentimiento de vanidad no habría realización posible. Modestia, es lo contrario de vanidad. Oscar Wilde escribió que: «la modestia es la coquetería del talento»; yo creo que es al revés, que la modestia es la disculpa de los ineptos y de los impotentes; por consiguiente, la vanidad debe considerarse como virtud que abre caminos para todos los rumbos y que enciende la brasa del anhelo en los cerebros conscientes.

A los hombres que en todas las edades se les ha echado en cara el calificativo de vanidoso, son los que mayores bienes han legado a esta mísera humanidad y las que mejores enseñanzas nos han heredado: Job, el santo Job, el prototipo de la paciencia, el llagado, el que se deshacía de podredumbre en un estercolero, el que exclamó: «Dios me lo dió y Dios me lo quitó», no fué más que un vanidoso de la humildad; los ermitaños del desierto, un Isidoro comiendo raíces crudas para dominar al demonio de la sensualidad; un Macario que permaneció cuarenta días sin comer, ni beber, ni dormir; un Arsenio, lumbrera de sabiduría, convirtiéndose en uno de los más humildes discípulos de los anacoretas de Scté; todos los monjes de los viejos monasterios que se pasaron la vida mortificando su cuerpo con horribles cilicios y con penitencias tremendas, fueron ascetas que, por medio de la vanidad, una vanidad muy santa a los ojos de Dios, llegaron a un plano perfecto.

La historia de los pueblos comprueba que tres factores son los que eternamente han sacudido a la humanidad: el amor, el hambre y la vanidad. La vanidad, no el orgullo, el orgullo es pasión distinta; la vanidad viene de afuera y nos envuelve, es una compensación a nuestro esfuerzo y, el orgullo, nace de nosotros, lo llevamos dentro, es una virtud solitaria, de contemplación, es nuestro espejo interior, recóndito, es «lo que uno sabe de uno»,—para emplear las palabras de Fray Luis de Granada—en cambio, la virtud de la vanidad es de ampliación, de convivencia, patrimonio de espíritus exquisitos, que sepan, que adivinen al menos, donde termina la vanidad y donde empieza la pedantería, la jactancia.

Volvamos los ojos a las enamoradas insignes: Thais, Friné, Salomé; a las heroínas bíblicas: Esther, Judith; a los tiranos: César, Nerón, Atila; a los genios de todos los siglos: Dante, Miguel Ángel, Cervantes, Shakespeare, Goethe, Beethoven; a los descubridores, conquistadores y guerreros: Colón, Hernando, Pizarro, Balboa, Elcano; a los santos: Teresa de Avila, Domingo de Guzmán y veremos como la vanidad es el sentimiento que ha movido todas sus acciones y todos sus gestos, es la llama insaciable que ha inflamado sus corazones. Pongamos frente a nosotros, como sobre un tablado ideal, a los personajes de ficción: Don Quijote, Hamlet, Otelo, Fausto, Don Juan, al Don Juan gallardo y libertino de todas las literaturas, ellos son el espejo de las pasiones de todos los tiempos; busquemos, estudiemos y encontraremos que el resorte que los hace vivir, sufrir, gozar, se llama vanidad.

Por eso, yo saludo desde mis amplios bal-

cones abiertos hacia un horizonte límpido y sereno, a Alfonso Reyes, en su vanidad elegante, opalina como el cielo de Lutecia, en su vanidad aristocrática, que no alcanzan a comprender las almas plebeyas; yo lo saludo en su orgullo refinado, selecto y puro como un diamante, mientras abajo pasan los ineptos, los impotentes, los que no dicen «esto» soy «yo», porque no pueden.

Son los perros que ladran a la luna.

GUILLERMO JIMÉNEZ

México y setiembre.

El familiar

PRESA hace la adversidad en gentes humildes: aquel infeliz, paralítico, mal cargado de años; la hija apartada de la vía fiel; un hijo inclinado a los vicios... La vieja madre repitió y repitió oraciones, quemó cirios, llamas tristes, titubeantes, que pedían a otra Madre—que lo es de Dios—auxilio.

Lo celeste permaneció mudo, inclemente.

La vecina del lado le dijo: sabrás que el bien se cansa de hacer el bien, lo mismo sucede al mal; si los habitantes del azul no oyen tus penas negras, rogarás por bienestar a los que habitan en las oscuras entrañas de la tierra. Razonable encontró la pobre vieja el pensar de su vecina e invocó a esos seres cornudos, de rabo largo, que tan gran poder tienen en este valle. Siguió los ritos que dicta el «familiar»: a fuego vivo quemó cuatro gatos negros, compañeros que son de Belcebú; con el fin de su terrible maullar sacó unos restos negros, que de acuerdo con la predicciones de su vecina eran hasta siete diablos.

Los restos guardó en un viejo armario y a ellos rogó por el mejor marchar de su familia.

Días transcurridos, la muchacha se aficionaba a un guapo mozo del pueblo; el hijo atendía los consejos del patrón y el viejo en algo se restablecía.

La pobre vieja no abandonó sus oraciones a los elegidos de Dios, pero... se distraía... hasta llegó a sonreír recordando su poderoso recurso del viejo armario y al par de la bondad infinita de Dios sabía, que todo se fastidia: el mal de hacer el mal, el bien de hacer el bien.

MAX. JIMÉNEZ

San José, Costa Rica,
Noviembre de 1926.

CULTURA VENEZOLANA

Director: José A. Tagliaferro
Apartado de Correos 293
Caracas.

Cultura Venezolana se publica el día 15 de cada mes en números de 90 a 128 páginas.

En la sección bibliográfica se dará cuenta de los libros de los cuales se remitan dos ejemplares.

Precio de suscripción:

En el extranjero: 5 dólares al año,

Javier de Viana

Su fallecimiento

JAVIER de Viana ha muerto en La Paz, quieta localidad de las cercanías de Montevideo, donde pasó sus últimos años, con su salud quebrantada, algo desfallecida la voluntad a fuerza de sufrimientos y sumido en la pobreza, a pesar de haber escrito tanta obra, de haber trabajado tanto en largos años de actividad literaria. Mas, enfermo, desfallecido, sin perspectivas de mejorar su situación, su fuerte temperamento de escritor se sobreponía a las contingencias dolorosas y aun daba al público páginas en que se reflejaban sus cualidades esenciales de artista. Y en esas narraciones de vida campesina reaparecía invariablemente la eficacia del pintor de costumbres gauchas y renacía el cuentista sabroso y gracioso, que se reveló mucho tiempo atrás, en sus comienzos ya lejanos, con *Campo* y con *Guri*. Fueron, en efecto, esos dos libros—particularmente *Guri*—los que pusieron de perfil a Javier de Viana. La literatura gauchesca, o, si se quiere, rural, se cultivaba generalmente hasta entonces, y especialmente en el Uruguay, con un concepto romántico: tipos y paisajes convencionales que surgían de una retórica frondosa que participaba más de la elocuencia oratoria que de la creación imaginativa. Javier de Viana se inclinó desde su iniciación hacia los que llevaban a la literatura de carácter regional la observación del medio y de los seres que el medio forma. Los veía sin deformarlos a través de un prisma poético, y transmitía, en su idioma seco y preciso, la emoción de esas escenas rústicas, que animaba con calor vital, comunicativo y penetrante. No buscaba en la vida del paisano complicaciones psicológicas. Gustábase asociarlos al escenario selvático o al ambiente popular en sus rasgos más simples. Se complacía en su sencillez natural, en su gracejo espontáneo, vinculándolos por lo común a episodios de fácil desarrollo como si los sorprendiera en una actitud normal. Habríase creído que el autor de esos relatos llenos de sentimiento y animados de una movilidad rápida de crónica era, a su vez, uno de esos hombres puramente instintivos, sin influencia de literatura culta y despojado en absoluto de preocupaciones de orden estético. No es así. Javier de Viana era un espíritu nutrido de buenas letras. Había hecho los estudios universitarios y llegó hasta los últimos cursos de Medicina. Pero la fibra de escritor que predominaba en el que hacía el aprendizaje científico no tardó en apartarlo de lo que hubiera podido, tal vez, facilitarle el recurso tranquilo para vivir con comodidad y dedicarse con más desahogo y más reposo a la tarea a que le llamaba poderosamente su vocación. Siendo muy joven se incorporó al periodismo de Montevideo. Javier de Viana ha contado con humor alegre sus primeras armas de periodista en un diario severo, de gente hosca y poco dada a la divagación juvenil, que, al día siguiente de publicar una

nota suya, lo despidió por haberse rectificado los pormenores que describía en una forma que anunciaba al futuro narrador de *Guri*. Así conoció desde un principio la lucha difícil, los apremios angustiosos que, por cierto, no lograban vencer la decisión orgullosa del escritor. Y fué un escritor, un notable escritor, de un género que le trajo la popularidad sostenida en el Río de la Plata. Aquí vivió años y años, y alternó, en los círculos metropolitanos, con los escritores, poetas y periodistas, a quienes aflige hoy fraternalmente la desaparición del camarada andariego, cordial y decidor, que se amanecía en la tertulia con sus anécdotas pintorescas, sus evoluciones de revolucionario del Uruguay, sus fantasías de viajero, con aguda percepción del detalle interesante, su sensibilidad perspicua de la imagen vivaz, del trazo típico. En estas columnas publicaba con asiduidad sus trabajos de cuentista y de cronista, y en los periódicos ilustrados de la metrópoli el cuento de Javier de Viana se popularizó, se tornó un hábito del público, que lo conocía, le seguía con simpatía constante. Periodista, escritor y autor teatral, tentó con éxito vario la escena, hasta que la añoranza del patrio solar lo llevó al Uruguay. Allí como aquí, era popular y querido. Se mezcló fugazmente a la política, y el sufragio de sus conciudadanos le confirió una banca en la Cámara, que ocupó casi silenciosamente, desganaadamente, sin los bríos que ya le hicieron afrontar en su mocedad agitada las formidables correrías de la revolución. Ha escrito mucho. Ha realizado, por ende, al azar de sus días intranquilos, una vasta obra, que se depurará, sin duda, con el asentamiento, pero que dejará subsistente caudal de páginas numerosas, en que se aspirará el jugo y el olor de la tierra nativa: y esa obra vivirá y será el testimonio de un escritor de grandes dotes y de un alma bondadosa, que supo identificarse con la poesía agreste y reproducirla con su arte sincero y libre.

(*La Nación*, Buenos Aires).

Alejandro Edilio Borges,

Agente General de Revistas y Publicaciones, desea entrar en relaciones con los editores hispanoamericanos, para lo cual necesita que le envíen muestras y condiciones. Boulevard Baralt, Maracaibo, Venezuela.

Revista Parlamentaria de Cuba

Publicación mensual

Política, Historia, Intereses Profesionales, Cultura General y Defensa Nacionalista

Director: JOSÉ CONANGLA

Apartado 973 - Habana, Cuba.

Suscripción anual: . . . \$ 6.00 oro.

Letras clásicas

EL insigne helenista español don Luis Segalá y Estalella, cuya traducción de los poemas homéricos es, según el informe oficial de la Academia Española, «la primera que se ha publicado en prosa castellana y la única completamente fiel y exacta de las escritas en la lengua de Cervantes», mientras Menéndez y Pelayo la apreciaba como una de las pocas que puede leerse con el original delante y sin recurrir al diccionario, «no sólo por su fidelidad a la letra, sino por su profunda comprensión de la poesía épica», ha dirigido a don Leopoldo Lugones la siguiente expresiva carta:

«Universidad de Barcelona. Facultad de Filosofía y Letras, 1.º de junio de 1926.

«Muy señor mío y de mi más distinguida consideración:

«Con gran placer leí oportunamente dos largos fragmentos de sus interesantísimas traducciones homéricas, que son, a mi juicio, las que más conservan el sabor del original y las mejores que se han hecho en verso castellano. Así tendré el gusto de manifestarlo en el prólogo de la versión castellana del *opus homericum* que publicará en breve la casa editorial Montaner y Simón.

«En testimonio de mi admiración por la labor de usted y de agradecimiento por el concepto que le han merecido mis ensayos de traducción en prosa, me permito enviarle por este mismo correo sendos ejemplares de mis versiones de la *Odisea* (la de la *Iliada* está agotada), y de la *Teogonía*, con algunas obritas publicadas en colecciones o bibliotecas que han visto la luz en esta capital, y me figuro que podrá mandarle muy pronto la versión de las obras completas

de Homero, sobre la cual me gustaría reconocer su valioso juicio, para tenerlo muy presente al preparar una nueva edición.

«Quisiera pedirle otro favor. En el mencionado prólogo hablo brevemente de las traducciones de obras homéricas publicadas en España, y fuera justo dar asimismo una idea de las que se han impreso en América, de las cuales sólo conozco las citadas en la adjunta relación, pero deben ser muchas más, y algunas debidas a su pluma de usted. Si fuera usted tan amable que me enviara una noticia de ellas, o por lo menos de las principales, yo me honraría insertándola en el mencionado prólogo, con la indicación de que la debo a la bondad y a la erudición de usted, que tan bien conoce todo lo referente a Homero».

Acompaña la carta del señor Segalá un ejemplar de la *Odisea*, con la siguiente dedicatoria:

«Al más digno, fiel e inspirado intérprete de Homero en verso castellano, D. Leopoldo Lugones, que con sus sonoros alejandrinos ha sabido dar a su versión toda la pompa de los exámetros clásicos».

El señor Lugones, a quien acaba de discernirse el primer premio de literatura nacional por sus *Estudios helénicos*, principalmente, nos pide que, para corresponder al propósito de elevado americanismo expuesto en la carta del eminente profesor, hagamos un llamamiento bibliográfico a todos cuantos deseen contribuir con noticias sobre traducciones americanas de Homero en lengua española, sean ellas completas o fragmentarias.

(*La Nación*, 30 de junio).

La lluvia

«Esas odres del cielo», que dice la Escritura,
sobre la tierra vierten sus aguas de hermosura.

El agua de la lluvia trae salud del cielo;
su visita ¡qué albricias para la sed del suelo!
Es don y promisión a un tiempo, En ella están
el olor de la rosa junto al olor del pan.

Lavandera, cantando lavó todo de priesa:
azuló cielo y monte con su añil de limpieza.

Igual que de una amante aspirada con ansia
el aire queda ebrio de su viva fragancia.

(Ya el cielo renovando su promesa a la vida
en el arco iris curva su guirnalda florida).

Agua del cielo, a todos tu bendición alcanza:
al pájaro del aire como al sapo del cieno,
y al árbol abrevado como un buey de labranza
y al grano que se leuda en el surco moreno
y al que con él un día sembrara su esperanza.

LUIS L. FRANCO

Rep. Argentina.

Bibliografía titular

LOS LIBROS RECIBIDOS EN LA SEMANA

De los Autores:

FERNANDO LLES Y BERDAVES.—(Apartado 58. Matanzas. Cuba): *El individualismo. Ensayo sobre el Instinto y la Conciencia*. Matanzas. Cuba.

ERNESTO MARTIN.—(8-10 Bridge Str. New York City): *Latin American Commercial Law. Cuba, México, Costa Rica*. Original Text and English translation on Foreign Merchants, Foreigns Associations, Purchases and Sales, Bills of Exchange, Promissory Notes, Cheques, Statute of limitations. Compiled and annotated by Ernesto Martin. Revised by Stuart H. Benton. New York City, U. S. A.

ARTURO ORGAZ.—(Córdoba. Rep. Argentina): *Crítica Democrática*. Buenos Aires. 1926.

De la Editorial Paris-America (14-16, Boulevard POISSONNIÈRE. PARÍS):

NATALIA GORRIZ DE MORALES.—*El amigo de los niños* (Cuentos, diálogos, anécdotas).

VIRGILIO RODRÍGUEZ BETETA.—*Ideologías de la Independencia*. Doctrinas políticas y económico-sociales.

ARMANDO CHIRVECHES.—*La virgen del lago y A la vera del mar*. (Novelas bolivianas, dos tomos).

De la Universidad Nacional de Tucumán (REPÚBLICA ARGENTINA).

Dr. DIEGO DE FARIA.—*Los enemigos de nuestros libros*. Datos preliminares sobre un procedimiento de destrucción de los insectos que atacan a los libros en San Pablo (Brasil). Traducido por E. Morales, Bibliotecario de la Universidad de Tucumán. Buenos Aires, 1926.

Drs. ROQUE LÓPEZ y JOSÉ M. ZAMBRANO. *Paludismo*. Esterilización del hombre enfermo: Quinización y otros medios.

Dr. JOSÉ WURSCHMIDT.—*Teoría de los imanes elementales*. Parte primera. Buenos Aires, 1926.

Los horrores de la tiranía.—1840-42. Infortunios de la matrona santiaguina doña AGUSTINA PALACIO DE LIBARONA, la heroína del Bracho. Primer Centenario de su nacimiento. 1825. Octubre. 1925. La Asociación Nacional de Damas Patricias Argentinas de Santiago del Estero, en tributo de admiración y homenaje a su memoria. Buenos Aires. 1925.

De don Germán Arciniegas (APARTADO 401. BOGOTÁ. COLOMBIA):

Los tomos 18, 19 y 20 de las *Ediciones COLOMBIA*, que corresponden a:

Historia natural de los fantasmas. Crónicas y supersticiones de Santa Fe de Bogotá.

J. RESTREPO JARAMILLO.—*La novela de los tres y otros cuentos*.

ANTONIO GÓMEZ RESTREPO.—*La Literatura Colombiana a mediados del siglo XIX*. Dos ensayos.

Más referencias y extractos de estas obras, se darán en próximas ediciones.



LA EDAD DE ORO

Lecturas para niños

(Suplemento al Repertorio Americano)

Páginas de AZORIN

=Del tomo *Don Juan*. Madrid=

Aurificina

El aurífice tiene su tiendecilla —*aurificina*— en una vieja casa. Todo es perfecto y armónico en esta casa: los sillares de piedra, las ventanas, el hierro forjado de los balcones, la talla de los aleros en el tejado, el escudo que campea sobre la puerta. La casa fué labrada con verdadero amor. Ahora vive en ella el aurífice. El aurífice es un viejecito con un bigote blanco y una mosca blanca. Fué teniente con los carlistas, (Don Juan viene a charlar con él algunos ratos.) Todo el día se lo pasa dando golpecitos con un martillo o limando con una lima. Dicen que la casa tiene un subterráneo que llega al río. Corrió por la ciudad antaño el rumor de que el aurífice había encontrado en la cueva un maravilloso tesoro. El tesoro que tiene el aurífice son unos libros y papeles que él revisa todas las noches. Posee una casa de campo, cerca del pueblo. Vive solo: no tiene a nadie. Todas las noches vienen a dormir a la tiendecilla, desde la casa de campo, dos mozos de labranza. Todas las noches, el aurífice se cala sus antiparras, y, como si fuera a labrar una delicada joya, se inclina sobre su pupitre, escudriña papeles, forma largas filas de guarismos, lee periódicos llenos de números, escribe cartas a Madrid y París.

En la tiendecilla trabaja todo el día. Y todas las tardes, a la misma hora, el aurífice y don Juan ven la cara de un niño que se pega al cristal. Las mejillas y la nariz aparecen chafadas en la transparente planicie. El niño mira con avidez los movimientos del martillo y el ir y venir de la lima. Así permanece un largo rato...

(Un año después, el niño es ya mayor y está sentado dentro, en el taller. Diez años después, el niño es casi un hombre, y da él también golpecitos con el martillo. Veinte años después, el niño es ya un hombre formado. El aurífice ha muerto. El niño de antaño ha tirado la casita de piedra; ha comprado las dos de al lado; ha construído un caserón de ladrillo y ha puesto en la fachada: *Gran Bazar Moderno*.)

La gaya tropa infantil

Subiendo por la calle de las Tenerías encontramos la plazuela de las Jerónimas. Allí tiene el maestro Reglero su escuela. En la escuela penden de las paredes cuadros con los árboles, los animales y los cielos. Llegan los niños corriendo y riendo. El maestro dice: «¡A cantar!» Los niños cantan una canción a coro.

—¡Comienza la lección!—grita después el maestro.

Los niños van con el maestro a casa del herrero. «Tin-tan, tin-tan», hacen los martillos sobre el yunque; las limas y terrajas murmuran sordamente. Los niños van a casa del carpintero. «Ras-ras», hacen los cepillos sobre las maderas, y saltan y llenan el suelo las virutas limpias y olorosas. Los niños van a casa del

buen tejedor. El buen tejedor es ya muy viejecito. No quedan ya más tejedores en la ciudad. El tejedor tiene su telar en un rinconcito de su zaguán; parece una arañita curiosa. La lanzadera va de una parte a otra. Hace un ruido sonoro y rítmico el telar. La tela que va tejiendo el tejedor es roja, azul y verde. El buen tejedor envía una sonrisa bondadosa a los niños.

—Ahora—dice el maestro—vamos a leer el gran Libro.

Se marchan todos saltando y gritando al campo. El campo—en primavera, en otoño—está lleno de animalitos. Los niños levantan las piedras, observan los horados, ven correr sobre las aguas los insectos con sus largas patas. El maestro les va diciendo los nombres de todas estas bestezuelas y de todas las plantas. Vuelven los niños cargados de ramas olorosas y de florecitas de la montaña. Don Juan les acompaña algunos días.

—Yo quiero—le dice el maestro—que estos niños tengan un recuerdo grato en la vida.

El árbol viejo

Todas las mañanas, cuando hace buen tiempo, va Don Juan a la Chopera. La Chopera es la vieja alameda que se extiende bordeando las murallas. Los árboles, frondosos, centenarios, casi forman bóveda tupida con su ramaje. Al entrar en la alameda lo primero que columbra Don Juan allá a lo lejos, es una ancha y larga barba blanca. Don Leonardo pasea también. ¿Cuántos años tiene don Leonardo? Don Leonardo tiene ocho hijos, treinta nietos, quince biznietos; es un roble centenario, venerable, con la fronda llena de pajaritos. Es un roble centenario: la más fervorosa pasión de don Leonardo son los árboles. Siempre que se habla de los árboles, don Leonardo sonríe como un niño. Tiene el buen anciano la risa franca y los entusiasmos súbitos de los niños; ha llegado a la suma vejez con el candor inalterable de los seis años.

—Don Leonardo—le pregunta Don Juan—, ¿qué ha hecho usted hoy?

Don Leonardo lleva un libro en la mano, lo abre, señala un pasaje y se lo da a leer a Don Juan.

—Mire usted—dice—lo que acabo de leer en este libro.

Don Juan lee: «Jagadish Chandra Bose, director del Instituto que ha fundado en Calcuta para el estudio de la fisiología vegetal, es autor de instrumentos y procedimientos ingeniosos de una gran delicadeza, especialmente, del llamado, *crescógrafo*, que facilita *ver crecer las plantas*. De sus trabajos se desprende que los vegetales están dotados de mayor sensibilidad que lo que lo que se creía hasta ahora: un árbol por ejemplo, se contrae cuando se le golpea; los tejidos de una planta tienen verdaderas pulsaciones y, al morir, experimentan una especie de espasmo».

Don Leonardo es un ingeniero forestal, erudito y meticoloso. Las paredes de su despacho están llenas de cuadros con árboles; ha presentado trabajos meritisimos en varios Congresos; ha escrito monografías elogiadas en el extranjero. De cuando en cuando, a solicitud de los periódicos, escribe ligeros y graciosos artículos de vulgarización.

—Don Leonardo, ¿ha escrito usted algo hoy?—pregunta otro día Don Juan.

—Sí—contesta don Leonardo, sonriendo—; he escrito un artículo titulado *El árbol viejo*.

Bajo el ramaje de los árboles centenarios, venerables, don Leonardo comienza la lectura.

—Es un artículo—añade Don Leonardo—escrito

contra los que talan los viejos árboles. Dice así: «La ancianidad es respetable, debido a que, por lo menos, supone larga lucha con las numerosas causas de destrucción que, incesantemente, circundan cuanto existe...»

Una mañana no está don Leonardo en la Chopera: no se ve entre los negros y nobles troncos su barba luenga y blanca. Don Leonardo está enfermo. No puede salir de casa. La enfermedad es larga y de cuidado. Todos los días va a verle Don Juan.

—¿Cómo van *mis* árboles, Don Juan? —pregunta el anciano.

—Su pensamiento está en los árboles de la alameda. Los árboles están bien; todos están en la alameda, nobles, buenos, dichosos en su centenaria senectud.

Llega la primavera; don Leonardo pregunta todos los días:

—¿Cómo están *mis* árboles? ¿Han comenzado ya a retoñar? ¿Tienen ya hojitas verdes?

Los árboles no están bien. Una tropa de leñadores ha venido con sus hachas y sus sierras a la alameda, y, de orden superior, ha talado los más bellos ejemplares de olmos y de chopos. Una angustia terrible pesa sobre todos los que rodean al buen anciano. Nadie se atreve a darle la trágica noticia; ahora sería una imprudencia; lo harán más adelante, cuando esté convaleciente.

—¿Están ya cubiertos de follaje *mis* árboles? —pregunta don Leonardo—. No me decís nada; habladme de ellos.

Los circunstantes sienten una profunda opresión y se esfuerzan por urdir piadosas mentiras. Ya va estando mejor el buen anciano; poquito a poco, con los cuidados del amor que le rodea, va recobrando la salud. Ya habla de lo que va a escribir cuando se levante y de los paseos que va a dar por la Chopera.

—Con un paseíto que yo dé por la Chopera—dice, sonriendo alegremente como un niño—; con un paseíto que yo dé por la Chopera, ya estaré bueno.

Le ha mandado ya el médico a don Leonardo que se levante mañana; la semana próxima podrá salir de casa...

El niño descalzo

Por un caminito de la montaña iba Don Juan. La ciudad se veía a lo lejos. Por el caminito, hacia la ciudad, iba un niño descalzo. El niño trae sobre las espaldas un haz de leña; va encorvadito. Al oír pazos ha levantado la cabeza. Camina despacito el niño. No puede llevar la carga que le abrumba. ¿Son las iniquidades que cometen los hombres con los niños lo que lleva sobre sus espaldas este niño? Son los dolores de todos los niños; de los niños abandonados, de los maltratados, de los enfermos, de los hambrientos, de los andrajosos. Son los dolores del niño que duerme aterido en el quicio de una puerta; del niño alimentado con leches adulteradas; del niño inmóvil en las escuelas hoscas; del niño encerrado en aposentos lóbregos; del niño encarcelado; del niño sin alegrías y sin juguetes... El niño del haz de leña ha hecho un esfuerzo para levantar la ca-

beza. Sus pies descalzos estaban sangrando. Don Juan ha cogido al niño y lo ha sentado en sus rodillas. Don Juan le va limpiando sus piececitos. El niño tenía al principio la actitud recelosa y encogida de un animalito montaraz caído en la trampa. Poco a poco se ha ido tranquilizando; entonces el niño le coge la mano a Don Juan y se la va besando en silencio. ¿Qué le pasa al buen caballero que no puede hablar? A lo lejos, sobre el cielo azul, destaca la ciudad. Se ve el huertecito de un convento, la casa del Maestro...

Cano Olivares

Quince días después del encuentro de Don Juan con el niño descalzo se recibe en la pequeña ciudad una noticia sensacional. En Valparaíso ha muerto un español; nació en la pequeña ciudad. Deja a la pequeña ciudad una cuantiosa fortuna. Se ha de emplear ese caudal en la construcción de unas espléndidas escuelas. Las escuelas estarán dotadas de pensiones para los niños pobres. Se llamaba el donante don Antonio Cano Olivares. Ha venido de Madrid, para conferenciar con el alcalde, un delegado del Banco de España.

—¿Quién era don Antonio Cano Olivares?—pregunta el maestro Reglero en la tertulia del Maestro.

—Don Antonio Cano Olivares—dice el doctor Quijano—debía de ser hijo de don Felipe Cano, el que tenía una tiendecilla en la calle de Cordeleros.

—No—replica un contertulio—. Cano Olivares debía de ser un muchacho que se marchó hace cuarenta años; era hijo de doña Jesusa Olivares, hermana del canónigo Olivares, que murió en Zamora.

—Están ustedes confundidos—observa otro contertulio—. Ese muchacho que usted dice no era hijo de doña Jesusa Olivares. Debía de ser...

—¡Hay aquí tantos Canos y tantos Olivares!—interrumpe el doctor Quijano.

—En fin—resume el maestro Reglero—, fuera quien fuere, Cano Olivares ha hecho una buena obra. De aquí han salido centenares de muchachos con rumbo a América, que luego no se han acordado de su pueblo...

Se han abierto los cimientos del futuro edificio. A la colocación de la primera piedra asiste todo el pueblo. Toca una música. El alcalde pronuncia un discurso. «Señores—dice el alcalde—, honremos a Cano Olivares. Cano Olivares era un grande hombre. De grandes hombres podemos calificar a aquellos que con su trabajo perseverante, con sus iniciativas arriesgadas, con su esfuerzo paciente de todos los días, han sabido labrarse una fortuna, y a la hora de la muerte, lejos de la patria, apartados de su ciudad natal por millares de leguas, tienen para ese pueblo, que les vió nacer, un rasgo espléndido y generoso. Honremos, señores, a Cano Olivares, y tengamos para su memoria, en nuestros corazones, gratitud perdurable».

La música toca alegremente. La muchedumbre aplaude. Confundido entre el pueblo, don Juan sonríe.